

Ilustracion Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 17 DE MAYO DE 1909 →

NÚM. 1.429

Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. — París, 1909



FLORES VIVIENTES, cuadro de Carlos de Stetten

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Un idilio*, cuento de Sylvain Deglantine. — *París. Exposición de los cien retratos de mujeres del siglo XVIII*. — *Orléans. Fiestas en honor de Juana de Arco*. — *En Constantinopla. El primer Selamlik de Mohamed. Las primeras ejecuciones*. — *Barcelona. Salón París*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Barcelona. Juegos Florales. Inauguración del monumento a Mariano Aguiló*. — *Venecia. Inauguración de la VIII Exposición de Bellas Artes*. — *Cómo se viaja en los trenes de los Estados Unidos de América*.

Grabados.— *Flores vivientes*, cuadro de C. Stelten. — Dibujo de C. Vázquez que ilustra el cuento *Un idilio*. — *El chubasco en la romería*. — *La promesa (Asturias)*, cuadros de Alvarez Sala. — *El cotillón*, dibujo de Daniel Urrabietta Vierge. — *Orléans. Fiestas en honor de Juana de Arco* (cuatro vistas fotográficas). — *El nuevo sultán saliendo de Santa Sofía*. — *Las primeras ejecuciones de los rebeldes y eacianos turcos* — *Retratos de la princesa Amelia, la reina Carlota, señora de Le noir, Lady Hamilton, la hija de la señora de Geoffrin, señora Dugazon, señorita de Romans y María Wálpole*, pertenecientes al siglo XVIII. — *El escultor austriaco Edmundo Hellmer en su taller*. — *Monumento al burgomaestre Frank*. — *Barcelona. Juegos Florales*. — *La reina de la fiesta Sra. D.ª Angela Calvet de Haro*. — *Inauguración del monumento a Mariano Aguiló*. — *Venecia. XVIII Exposición de Bellas Artes*. — *Vagón de observación en el tren de lujo de Nueva York á Chicago*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se vuelve á París después de algunos años de no haber pisado el bulevar, se experimenta una impresión peculiarísima, ante la estabilidad de las cosas, que contrasta con la mísera inestabilidad del hombre. París, realmente, es de las ciudades que menos cambian al transcurrir el tiempo; dijérase que se burla de él, como bien conservada y retocada beldad.

Esta metrópoli, centro y corte de la moda voluble, se halla ya como solidificada y fijada en los ápices de su cultura. Lo menos grato para el francés es alterar el orden establecido, hacer un movimiento á la derecha si lo hizo á la izquierda. Insuperables dificultades os saldrán al paso si queréis ir contra lo habitual; ya veréis la expresión de escandalizada extrañeza que acoge vuestra pretensión. El hábito (pero el hábito de hacer las cosas bien y artísticamente) ha llegado á constituir en París una rutina ilustrada, una organización inalterable, inflexible, semejante á la disciplina militar, y no neguemos que esto tenga su mérito, nosotros que tanto propendemos al relajamiento, á la negligencia, á prescindir de las fórmulas y pactos que contribuyen al bienestar social.

Como suele suceder, la rutina tiene ventajas é inconvenientes. No todo debe alabarse en París; no todo es perfecto, ni mucho menos. El teatro—no me refiero á la literatura, sino al espectáculo—está muy mal arreglado en la capital de la vecina República. Mal arreglado para el espectador, por supuesto; para el bolsillo de los empresarios debe de estar óptimamente. Quizás notemos más las deficiencias los españoles. No me explico cómo el público de París, amigo de sus comodidades, económico, dado á sacarle el jugo á lo que gasta, tolera tantas molestias y precios tan exorbitantes en los teatros. Hay muchas localidades desde las cuales no se ve; lo que se dice no verse absolutamente nada. Estas localidades, nótese, no son más baratas que otras desde las cuales se ve algo, no mucho; y sin embargo, se llenan, igual que las restantes. Son llenos hasta los topes, aunque la función se haya representado doscientas veces, y sea una *lata*—perdónese la expresión—ó una inepticia escabrosa. No he visto borregos más pacientes que estos espectadores de París. Ni murmuran de los autores que les dan zumo de adormideras, ni de las empresas que les cobran dineros por no ver y estar sentados en un potro, ni dan la menor señal de descontento, ni hacen sino atender con toda su alma y divertirse con toda su voluntad.

Los teatros de París son, lo repito, caros; para ver bien y estar relativamente cómodo, hay que gastar de quince á doce francos; las localidades que bajan de diez no pueden satisfacernos á los de aquí, menos resignados que los parisienses. Y no hablemos de las chinchorrerías de las acomodadoras ó *ouvreuses*, que por abrir la puerta de un palco (á remolque, porque siempre andan por los rincones, como las corredoras) recargan el coste del asiento con la inevitable y exigida propina. En España nada piden los acomodadores, y rara vez se les da, como no sea en Navidad, el aguinaldo.

La forma de los teatros, estudiada para que quepa en ellos, bien ó mal, mucha gente, los hace deslucidos y tristes, pues deja en sombra y en segundo término los palcos, y proyecta, en primer término, localidades de menos importancia, á las cuales las señoras no van peripuestas. En el entreacto no se hacen visitas; la gente sale á pasearse por el *foyer*, á tomar refrescos, dejando la sala medio vacía. El sistema de los *strapontins* ó, con perdón sea dicho,

traspuntines, añadidos al resto de los asientos para exprimir el último jugo del limón, es el resumen de la incomodidad y la impertinencia. En fin, que este público es moro de paz.

Otro cabo mal atado del teatro en París: el detalle de los sombreros. Nadie se maravillará si digo que los sombreros, este año, han medrado un poquín; y el que por su mal ocupa asiento á la sombra de una de esas setas desaforadas de paja, crin ó tul rizado, puede despedirse de ver la función. En algo hemos de estar por encima los españoles: en Madrid tal problema se ha resuelto (decían que era insoluble) con sólo una orden dada para que se cumpliera. A pesar de los augurios nefastos de alteraciones del orden, se han convencido las damas de que «no hay derecho» á fastidiar al prójimo. Pues bien, en París rige el sistema peor, que es el mixto. Se consiente el sombrero, si no se quejan los espectadores perjudicados; y si éstos piden que desaparezca la mampara, las señoras son «invitadas» á despojarse de ella, y se despojan, pero rabiando y gruñendo, después de frascitas ásperas y avinagradas por una y otra parte. La ambigüedad de la situación provoca disgustos que en Madrid se han evitado cortando por lo sano, que es lo más acertado y seguro. Todo se ha reducido á que las madrileñas se peinen mejor, y luzcan más cintajitos y peinetas en el moño.

Algún teatro recientemente construído, como el de *Apollo* (que está poniendo en escena con extraordinario lujo y coquetería ese filón de oro que se llama *La viuda alegre*), ha introducido la novedad de que se vea desde todos los asientos, de que los palcos ocupen el frente de la sala, de que los asientos sean mullidos y con el espacio necesario para un cuerpo humano de dimensiones normales. Pero estas son peligrosas innovaciones que supongo evitarán los escenarios antiguos. ¿Quién les mete á ellos en aventuras, cuando les va tan ricamente con su obscuridad, sus localidades estrechas, sus brujas acomodadoras, sus misteriosas *baignoires* provistas de enrejado y sus precios fantásticos dócilmente aceptados por la concurrencia?

Debe de ser un negocio redondo. La sala, rebosante; las obras, en el cartel tres ó cuatro años; la multitud haciendo cola ante la taquilla horas enteras, ó pasando por las horcas caudinas de los *bureaux de location*, donde cada localidad sufre un recargo que oscila entre el cincuenta y el doscientos por ciento... No comprendo cómo no hay en París mayor número de teatros; cómo este sano y claro negocio no tienta á más industriales; en cambio me explico por qué se ha dicho que Francia es una República gobernada por unos príncipes, que son los actores.

En cualquier espectáculo encontraréis un gentío, un torrente humano, una muchedumbre ansiosa. Veinte años hace que conozco el Museo Grevin, en el bulevar; una galería de figuras de cera. París no se ha cansado, ni lleva trazas de cansarse de admirarlas. Todas las noches, todas las tardes, en todas las secciones, igual concurso, las mismas risotadas y exclamaciones ante los espejos de la *rigolada*, las propias observaciones candorosas ante las figuras que imitan espectadores y se confunden con personas vivas...

Y eternamente, el papa en su silla gestatoria, con su comitiva de suizos, camareros, guardias nobles y cardenales; y los soberanos reinantes; y los crímenes dramáticos; y las escenas de la Revolución, Marat ensangrentado en su baño, Carlota Corday altiva y serena ante los insultos de los descamisados furiosos; y la misa en las Catacumbas, y Napoleón en la Malmaison, rodeado de sus galoneados mariscales y sus lindas mundanas de traje griego, y María Antonieta horrorizada ante la cabeza de la Lamballe... Se me ocurre si la figura de cera, tenida por deleznable, no será más sólida que los monumentos de mármol y bronce. ¡Cuántos de éstos se alzan á gente honrosa, olvidada ya, sin realce! En el Museo Grevin no tiene efigie de cera quien no haya sido coronado por la fama y la gloria.

Dijérase, por otra parte, que el culto de los héroes y de los grandes hombres es más ferviente cada día en Francia, tal vez porque ya no los produce. No importa que un héroe represente, en el sentido histórico, lo contrario de lo que actualmente domina. Francia acepta, y hace bien, todo su pasado. El teatro contribuye á estos endiosamientos, poniendo en escena incesantemente la vida del superhombre, en todas sus fases, aspectos y episodios. Napoleón, especialmente, es objeto de un culto apasionado, de una devoción de granadero de la guardia vieja, que toda Francia siente, segura de que tal hombre no volverá á nacer, ni tales hechos se repetirán...

La obra póstuma de Catulo Mendes, estrenada después de su muerte, se refiere á un momento poco

conocido de la historia del emperador; el tiempo de su residencia en la isla de Elba, cuando todavía una irrisoria corte y una soberanía ficticia le engañan, y adormecen con narcótico los lancinantes dolores de su ambición colosal. Más que en Santa Elena, hácese visible la caída del coloso en este período, que precede á la aventura de los Cien días. Napoleón se nos aparece ya obeso, cansado, con ese secreto afán de reposo y esa preocupación de las cosas pequeñas que descubren el estrago de la debilitante vejez en las organizaciones un día poderosas. La devoradora energía del conquistador está amenazada; su empuje de titán se ha convertido en un reblandecimiento que toma forma de afectos de familia, y le hace suspirar por su esposa, por su hijo. Anúnciase la llegada de María Luisa y del rey de Roma, á compartir la soledad del proscrito. ¿Vendrán? Tal es la esperanza, el anhelo que agita á Napoleón en su destierro, entre granaderos que se aburren durante la paz, ingleses curiosos que van á gozarse en su abatimiento y á mirarle como á una fiera enjaulada, populacho italiano que grita aún «¡Viva el emperador!» y espías de todas las nacionalidades que le vigilan, riéndose de su ensueño conyugal y paternal. ¡Que venga la emperatriz! ¡Que traiga consigo al aguilucho! ¿No es justo que la esposa se reuna al esposo, y endulce con su presencia las melancolías del confinamiento? ¿No es natural que un hijo sea devuelto á su padre? ¿Qué tiene que objetar á esto Inglaterra, el país de los afectos familiares y de los matrimonios bien avenidos? La mujer, el niño, se acercan, no cabe duda; desembarcarán de un momento á otro; Napoleón se prepara á recibirles con todo el aparato que aún puede desplegar. Que ensillen el caballo amaestrado para la emperatriz. Que enganchen dos coches de cuatro caballos, y cochero de gran librea—frac verde y botones de oro.—Que le preparen al emperador su blanco corcel, la espada de Marengo, la escolta de gala—doce granaderos de gran uniforme, cuatro lanceros polacos, el abanderado del batallón de Córcega.—Que empavesen la chalupa que ha de ir á recoger á bordo á la hija de Francisco I de Austria, «mi suegro», repite envanecido el héroe. Y loco de emoción, Napoleón sube al monte Giove, á esperar á la augusta, al heredero. Arriban, en efecto, una mujer, un niño; corren hacia el emperador... ¡Terrible desengaño! No es la hija de Francisco I, no es el rey de Roma; no es lo que significa la ambición, la sed de triunfo y desquite, el orgullo, la gloria del coloso. Es solamente el amor, solamente la abnegación; es la condesa Valewska y su hijo, el condesito Alejandro, que vienen á compartir y á endulzar las penas del vencido, á prestarle ánimos para el desquite. Por un momento, bajo la doble emoción de la aparición de aquella mujer fiel y aquel niño que lleva su sangre en las venas, Napoleón se conmueve, se enternece, y acepta el cariño y el consuelo que le brindan. Pronto, en los mismos brazos de la Valewska, el buitres vuelve á roerle las entrañas. No; no consentirá que aquella mujer que no es la suya, que aquel espurio—que lleva el nombre de un conde polaco esposo de su madre—permanezcan en la isla, añadiendo una nota al conjunto de su decadencia, de su descalificación como monarca. ¿Quién sabe si la Valewska ha venido impulsada por el interés de hacer declarar la nulidad del casamiento de Napoleón con María Luisa, la ilegitimidad del rey de Roma, y lograr título y categoría de emperatriz? Napoleón concibe esta sospecha; en su modo de ser, tenía que concebirla, atribuyendo á los demás las ideas que germinan en su propia alma seca, ardiente, insaciable. ¿No ha repudiado él á Josefina por obtener el imperial rehén de la archiduquesa? ¿No ha buscado en ella la alianza, la dinastía, la sanción del pasado? ¿No tienta una corona hasta el crimen? Y sin piedad, sin vacilación, expulsa de la isla á la dulce y sumisa enamorada, que sólo pedía acompañarle, ofrecerle el tesoro de su corazón leal. La Valewska se irá, en horrible noche de tormenta, con su hijo de la mano, y Napoleón seguirá en su puesto de esposo y padre ante la historia. ¡Sólo hijas y nietos de cien reyes pueden constituir la familia del ambicioso! La razón de Estado lo primero. Es preciso volver á triunfar, recuperar el solio. Sacrificado todo lo humano, podrá preparar el restablecimiento de su Imperio, la nueva aventura heroica. La tempestad se ha calmado; la condesa y su hijo se hallan á bordo. Y Napoleón exclama: «Por la parte de Francia, ¡qué hermoso está el firmamento!»

A pesar de que la obra de Catulo Mendes es muy inferior á las de Sardou y Rostand, que sin duda le han servido de modelo, gracias al arte exquisito de la Rejane, que hace el papel de condesa Valewska, y la popularidad de Napoleón, debe de ser uno de los mejores negocios de este momento en París.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

UN IDILIO, CUENTO DE SYLVAIN DEGLANTINE, ilustrado por Carlos Vázquez (1)



Josefina iba á Versalles á hacer algunas compras.

La aurora tendía su rosado manto sobre la llanura del Mail; las blancas belloritas teñíanse con los colores del iris y las hojas nacientes ponían colores de esmeraldas en las negras ramas de los bosques de Satory.

Josefina, la aldeanita, era deliciosamente linda en medio de aquella decoración, tan á propósito para sus diez y ocho años. Su sombrero de paja y tul blanco, lleno de sol, iluminaba su tez morena, y con su paso ligero que hacía crujir la falda de su vestido de color de malva, parecía una curuja en busca de amores bajo el tierno follaje.

Gervier habíase detenido en el paseo matutino que solía dar antes de encerrarse en la imprenta en donde trabajaba, y contemplaba á la muchacha que avanzaba por el sendero que parece una cinta gris tendida sobre la planicie. ¡Cuán hermosamente encarnaba la aurora primaveral cuyo hálito vivificador respiraba él con delicia!

Saludóla al paso; ella se estremeció, y las rosas de sus mejillas tomaron un tinte más vivo, pero sus ojos no se desviaron.

En su corazón de virgen despertábase entonces deseos de amar, y Gervier era un guapo mozo, más guapo que el joven que el día antes la había pedido en matrimonio y á quien había visto un momento antes atravesar la llanura.

Josefina aceptó la bellorita que Gervier había cogido y le ofrecía, y pagó con una sonrisa el obsequio.

* *

—Josefina, ¿ha de sufrir mi amor la suerte de esa hierba marchita? Como ella germinó en esa llanura á la luz de la aurora, y luego creció y se vivificó bajo las caricias de tus encantadores ojos. ¡Oh! Te lo ruego, no hagas que maldiga el día en que te ofrecí la bellorita apenas abierta, la bellorita en que se encerraba mi corazón.

Así hablaba Gervier algunas semanas después, al encontrar por tercera vez á la muchacha en el sendero.

Y Josefina le escuchaba con los ojos bajos, mirando en el suelo las manchas de luz que el sol dispersaba al través de los álamos. Delante de ellos extendíase la planicie del Mail iluminada por la rutilante claridad del mediodía. Algunos segadores tumbaban aquí y allá la hierba ligeramente tostada por el sol, y los zumbidos de los insectos subían al firmamento, que era de azul oscuro en el cenit y de un color plomizo en el horizonte.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



Saludóla al paso...

Gervier, cogiendo entre las suyas la regordeta mano de Josefina, principió con acento cada vez más apremiante:

—Te amo más que á la aurora bajo cuya luz te vislumbré, porque de aquella aurora eres tú la perla, y más que á la tarde que envolverá la llanura en vaga claridad purpúrea, porque esa claridad no será más que la aurora de tu belleza. Ya te confesé mi amor, y en lugar de contestarme, huíste, temerosa, como corderilla á la vista del lobo, dejándome angustiado el corazón y llenos de lágrimas los ojos. Y sin embargo, ¿no late ahí, en tu pecho, un corazoncito cariñoso, amante, que se estremece al soplo de mi pasión diciéndote que seas buena y poniendo una confesión en tus labios? ¡Oh! ¡Déjale que hable, que me diga que me amas, Josefina, mi adorada Josefina!

La joven levantó la cabeza, dejando ver las marfileñas blancuras de su garganta. Su grácil cuerpo temblaba como la hoja movida por ligera brisa; sus manos correspondieron á la presión de las de Gervier, y fijos en los de éste sus ojos, murmuró ruborosa y admirablemente bella y feliz:

—Pues bien; sí, te amo.

* *

Descendía el sol en el horizonte detrás de los árboles, y sus últimos rayos, prolongándose en la llanura como serpientes de fuego, salpicaban de oro los árboles amarilleados por el otoño. Había en la brisa embriagueces de amor; sonaba á lo lejos una música voluptuosa y desprendíanse las hojas de las ramas.

Gervier se había sentado junto á Josefina en el lindero del bosque, sobre la hojarasca verde y seca á la vez.

Con las manos enlazadas, sumidos los dos en deliciosa meditación, contemplaban el melancólico esplendor del espectáculo. Y ante aquel día hermoso que lentamente espiraba y ante aquella estación que aún más lentamente se moría, sentía su amor la ne-

cesidad de estrechar los lazos que le unían á la vida y de engendrar, en la fusión de sus almas, una inmensidad de cariño que le salvará de la inevitable muerte de las cosas.

De pronto Josefina fijó sus grandes ojos en su amado.

—¿En qué piensas?, le dijo.

—Pienso que muere un día hermoso sin acercarnos á la felicidad á que aspiramos con toda el alma.

—¿Qué dices? ¿No eres, acaso, feliz estando yo á tu lado, junto, muy junto á ti?

—Este placer, ¡ay!, es para mí fugaz y tan poco frecuente... ¡Quisiera tanto no separarme de ti, eternizar esta hora deliciosa, embriagarme con tu belleza, con tu encanto, con tu perfume, florecilla de abril! ¿Por qué retardas nuestra dicha como complaciéndote en ello?

—Perdóname; he querido probar tu amor, tu constancia. Además no podemos vernos más á menudo sin comprometerme, porque ¿qué diría la gente si me viera sola contigo, como también yo quisiera estar siempre?

—Pero ¿por qué no has permitido que vaya á ver á tus padres y á pedirles tu mano?

—Te lo he dicho ya; porque no te la habrían concedido, ya que otro se te ha anticipado.

—¿Otro?

—Sí. ¿No te acuerdas de un joven que el día en que me diste la bellorita cruzaba la llanura en dirección á la carretera de Saint Cyr?

—No me fijé en él.

—Pues bien; la noche antes me había pedido en matrimonio.

—¿Y tú diste tu consentimiento?

—Casi, aunque pidiendo algún tiempo para reflexionar.

—¿Y qué?..

De nuevo clavó Josefina en los ojos de Gervier sus ojos apasionados.

—Te vi luego y te amé... ¿qué más puedo decir? Pero aquel pretendiente agradaba á mis padres, y tu demanda, por consiguiente, habría sido mal acogida.

—Me asustas, Josefina. Qué, ¿la dicha vislumbra da será como este atardecer que en torno nuestro se desvanece y que ya no volverá á deleitarnos con sus esplendores?

La muchacha se acercó á él, y mirándole con más pasión que nunca, exclamó:

—¿Y puedes hablar así, tú que me amas? ¿Por ventura el amor poderoso y verdadero no sabe realizar un milagro cuando es preciso? Pues sabe que éste milagro lo ha realizado tu Josefina. Ve mañana y pide mi mano á mis padres.

* *

Los primeros brotes alegraban con sus dorados matices el bosque de Satory; multitud de hilos de la Virgen ondulaban acariciados por el sol que comenzaba á declinar y enrojecía en la planicie del Mail las puntas de las hierbas recién nacidas.

Celebrábase en aquel lugar una boda, y los claros atavíos de las muchachas alegraban la uniformidad verdosa y dorada del paisaje.

Los recién casados habíanse apartado algo de la gente, deseosos de estar solos y de poder comunicarse las impresiones de su felicidad.

—¡Al fin eres mía, Josefina, toda mía! Has realizado un verdadero milagro; mi rival tenía de su parte todas las ventajas y sólo le faltaba para coger la linda flor una cosa inmensa, el rinconcito que me reservaste en tu corazón. ¡Oh, qué hermoso paraíso se abre ante nosotros en medio de este despertar de la primavera. ¡Cuánto te amo, Josefina!

Y Gervier oprimía sobre su pecho á la joven desposada.

—Amado mío, ¡cuán dulces suenan tus palabras! ¡Cuán dichosa me siento siendo tuya en esa ola de felicidad en que la pasión nos arrastra! ¡Oh, cómo te quiere tu mujercita!

Y radiantes de placer caminaban, Gervier cogiendo, bajo los matorrales y entre beso y beso, frescas violetas que ofrecía á su compañera, y ésta adornando su vestido blanco con aquellas lindas florecillas.

PARÍS.—EXPOSICIÓN

DE LOS CIENTOS RETRATOS DE MUJERES DEL SIGLO XVIII

(Véanse los grabados de las páginas 336 y 337)

Organizada por la sociedad *L'Art et les Artistes*, celébrase actualmente en París esta exposición, interesante bajo todos conceptos, así por el objeto que se propusieron sus iniciadores, como por la manera de llevarla á cabo y sobre todo por el valor de las obras que en ella figuran.

La exhibición es á beneficio de la «Sociedad de socorro á las familias de los marinos franceses naufragados» y ha sido puesta bajo el alto patronato de S. M. la reina de Inglaterra. Los que concibieron el

La lista de los particulares y museos que han facilitado obras y los nombres de los pintores cuyas firmas llevan éstas, son la mejor prueba de la importancia de la exhibición. Entre los primeros citaremos,

para la escuela inglesa, entre otros, los museos de South Kensington, de Cambridge y de Brighton, los duques de Devonshire y Abercorn, la marquesa de Sligo, los condes de Cawdor, de Powis, de Darmouth, Ancáster, Plymouth, Ilcester y Crewer; y los señores Graham, Withbread, Colnaghi, Murray, Crews, Agnew, Muirhead, Cooper, Pover, Smith, etc.; y para la escuela francesa, los museos de Edimburgo y de la Comedia Francesa, el príncipe de Arenberg, la duquesa de Rohán, el duque de Polignac, los marqueses de Chaponay y de Estampes, los condes Allard du Chollet, de Pastré, de Castellane, de Laribosiére, de Lagarde y de Richhouffts, la viz-

condesa de Curel, el vizconde de Chabert, los barones de Schlichting, de Erlanger, Edmundo y Enrique Rothschild, y los Sres. Lehman, Dubufe, Tuffier, Gulbenkián, Weil, Wildenstein, Bichoffsheim y otros.

En cuanto á los pintores, ahí van sus nombres y las principales obras de algunos de ellos: de la escuela inglesa, Reynolds (*Duquesa de Gloucester, María Walpole*); Gainsborough (*Reina Carlota, Hijas del pintor*); Romney (*La princesa Amelia, Lady Hamilton*); Opie (*Muchacha del país de Cornualles*); Hoppner, Raeburn y Lawrence; y de la escuela francesa, Larguilliere (*Marquesa de Dreux Brezé, Señora Duclos en el papel de Ariana*); Boucher (*Señora de Pompadour*); Drouais (*Señorita de Romans*); Nattier (*Marquesa de Estampes*); David (*Señora de Mongiraud, Lavoisier y su esposa*); Greuze (*Señorita Deviette*); señora Vigée Lebrun (*Señora Dugazón, Señora Du Barry*); Duplessis (*Señora de Lenoir*), y Perronneau (*Señora de Sorquainville*).



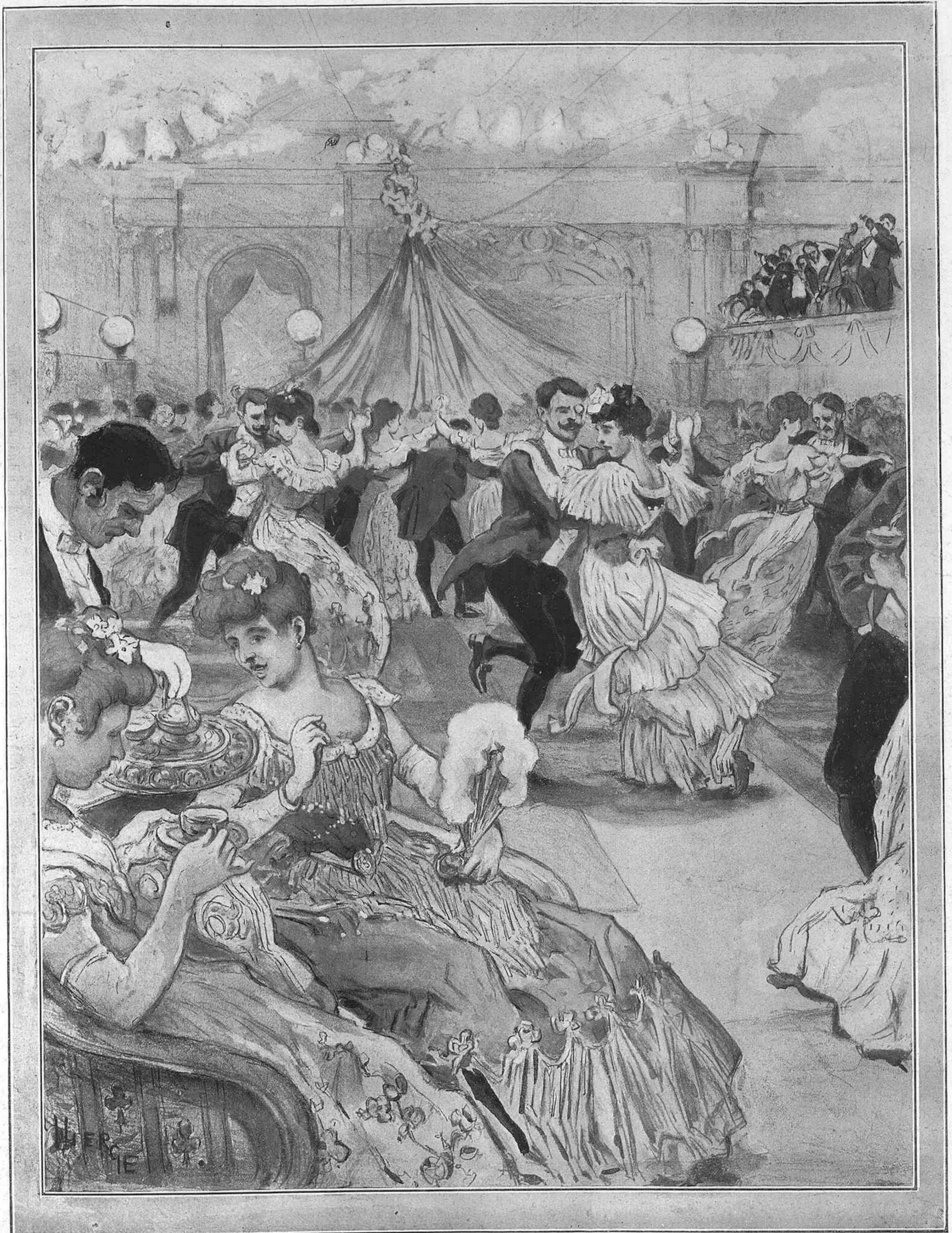
El chubasco en la romería, cuadro de Alvarez Sala

proyecto se propusieron reunir cien retratos de mujeres del siglo XVIII pintados por los más afamados artistas de la época y pertenecientes por mitad á las escuelas francesa é inglesa, y para realizar tan hermosa idea, mientras Armando Dayot, alma del comité organizador, iba á Inglaterra y obtenía allí la entusiasta aquiescencia de los más célebres coleccionistas, Jorge Berger, presidente del comité parisien-

se, conseguía igual éxito entre sus compatriotas. Desde un principio hubo verdadera emulación entre los coleccionistas franceses é ingleses para que el grupo de cincuenta retratos que debía aportar cada nación fuese superior al que presentase su rival, y gracias á esto han podido reunirse cien verdaderas obras maestras que difícilmente podrán volver á verse juntas y que son la admiración del numeroso y selecto público que acude al pabellón del Juego de Pelota de las Tullerías, en donde la exposición está instalada.

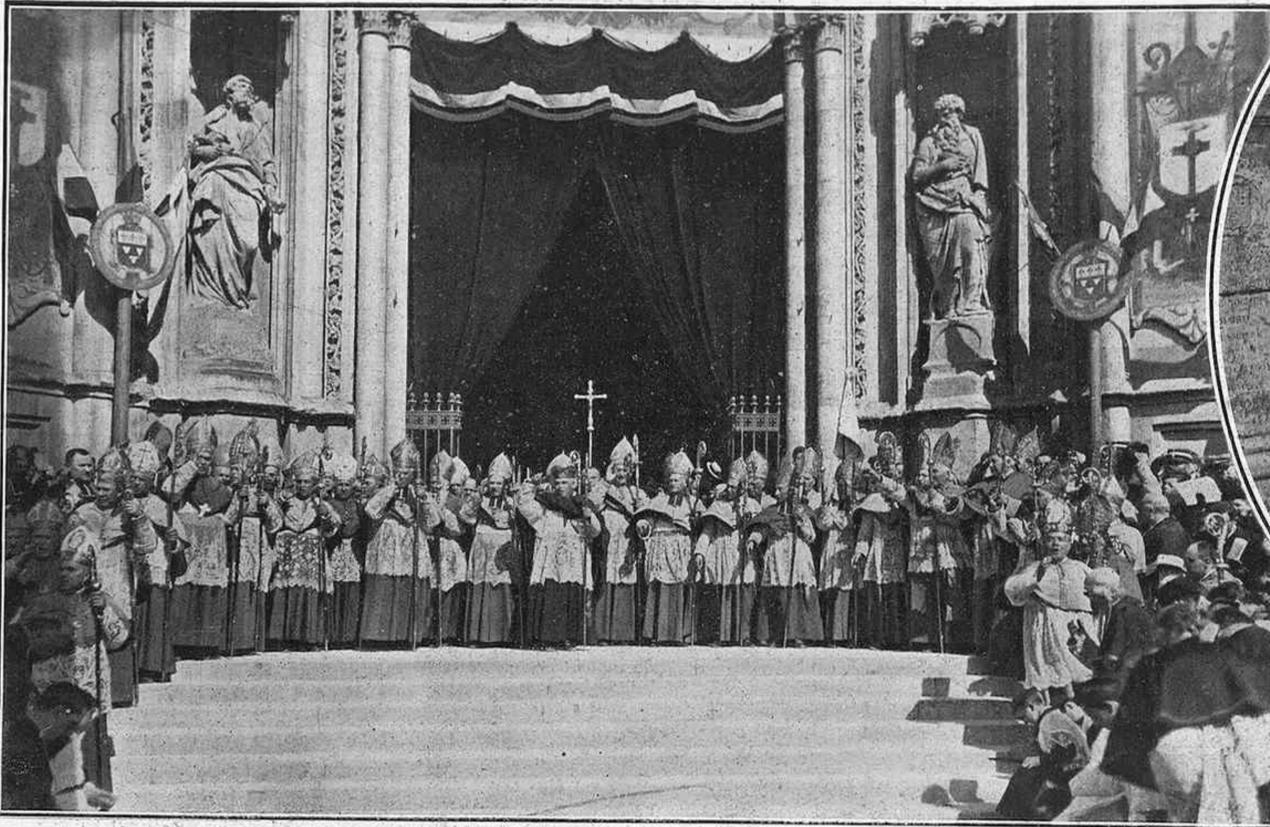


La promesa (Asturias), cuadro de Alvarez Sala



EL COTILLÓN, notable dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

ORLEANS.—FIESTAS EN HONOR DE JUANA DE ARCO



Los cuarenta y ocho prelates reunidos en Orleans con motivo de las fiestas dan, desde el atrio de la catedral, la bendición al pueblo. (De fotografía de Royer.)

Excepcional importancia han revestido este año las tradicionales fiestas con que anualmente se conmemora en Orleans el aniversario de la liberación de la ciudad por Juana de Arco. Dos circunstancias han contribuido á ello: la de ser estas las primeras fiestas celebradas después de la beatificación de la heroína, y la de haber el gobierno mostrado, en cuanto á la participación de los elementos religiosos en

la misma, una tolerancia de que en los años anteriores no había dado pruebas.

La ciudad estaba hermosamente empavesada; la afluencia de forasteros era extraordinaria, y en el palacio episcopal hospedábanse cuarenta y ocho cardenales, arzobispos y obispos.

Comenzaron los festejos el día 7 con la ceremonia emocionante de la entrega del estandarte de Juana de Arco hecha por el alcalde al obispo de la diócesis monseñor Touchet. Uno y otro pronunciaron con este motivo sentidos discursos, terminados los cuales todos los prelates, reunidos en el atrio de la basílica, dieron al pueblo la bendición papal.

Al día siguiente efectuóse la revista militar, después de la que las tropas desfilaron por delante de la estatua de Juana de Arco. Al mismo tiempo celebrábase en la cate-

dral una solemnísima función religiosa, á la que asistió el Ayuntamiento en pleno, y en la que ofició de pontifical monseñor Ardín, obispo de Sens, y pronunció el panegírico de Juana de Arco monseñor Latty, arzobispo de Avignón. Concluido el oficio, formóse la procesión, que, seguida por millares de fieles, recorrió varias calles, pasó por delante del monumento y regresó al templo; su paso fué presenciado por una multitud inmensa y recogida.

La Liga de Patriotas, presidida por los señores Deroulede y Habert, y una delegación de estudiantes, depositaron una palma de plata en la Cruz de las Tourelles. «He aquí el sitio—dijo Deroulede—en donde Juana de Arco derramó su sangre. No son estos el lugar ni el momento oportunos para pronunciar un discurso. Gritemos únicamente: «¡Gloria eterna á Juana de Arco y eterna vida para Francia!»

Por la tarde, los individuos de la Liga se reunieron en un banquete presidido por Deroulede, quien, al final, pronunció un discurso de glorificación de Juana de Arco que terminó con estas elocuentes palabras: «¡Arriba los corazones y las frentes! ¡Dejemos que por debajo de nosotros pasen y se agiten las contiendas de partidos! ¡Unámonos y fundámonos en irreductible falange de protesta nacional! Y pensemos y digamos con la Libertadora: «¡Sí, es preciso hacer todos los esfuerzos para arrojar de Francia á todo extranjero que sea enemigo, á todo extranjero que sea conquistador, á todo extranjero que quiera ser amo!» También salió de los labios de Juana de Arco esta noble divisa: «¡Las mujeres rezarán, los hombres pelearán, Dios vencerá!»

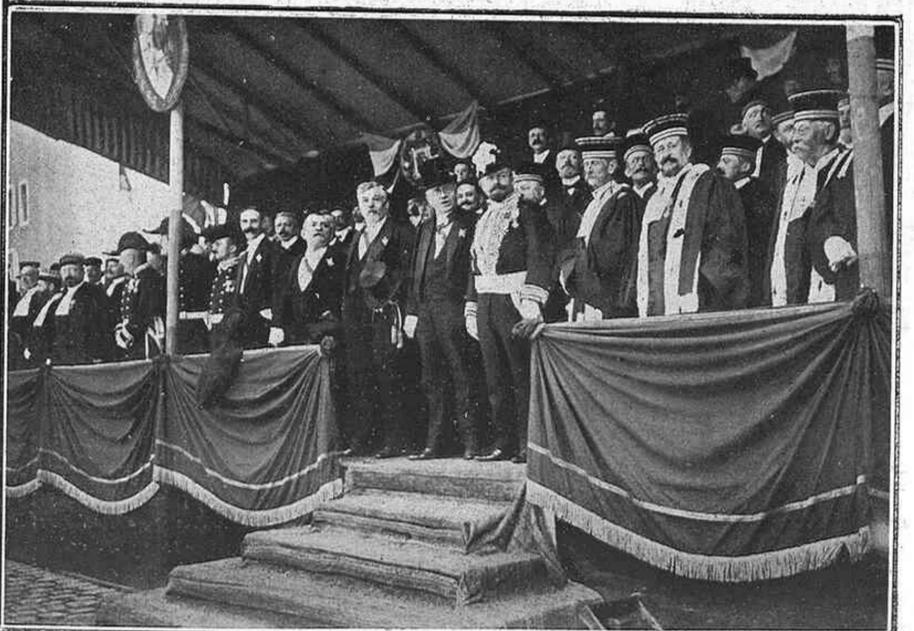
El discurso de Deroulede fué muy aplaudido.—S.



Deroulede pronunciando una alocución en la Cruz de las Tourelles. (De fotografía de M. Branger.)



Salida de la catedral de la procesión precedida del estandarte de Juana de Arco. (De fotografía de Theodoresco y C.^{as})



Tribuna de las autoridades civiles durante la revista militar (De fotografía de M. Branger.)

EN CONSTANTINOPLA.—EL PRIMER SELAMLIK DE MOHAMED. LAS PRIMERAS EJECUCIONES



El nuevo sultán Mohamed V saliendo de Santa Sofía después del primer Selamlik de su reinado, el día 30 de abril último
(De fotografía de Theodoresco y C.^{as})

Conforme dijimos en el número último, el día 30 del pasado abril el nuevo sultán Mohamed V asistió por vez primera á la ceremonia del Selamlik, que se celebró con gran pompa en Santa Sofía.

El soberano, que vestía el uniforme de general de infantería, dirigióse á la mezquita en un coche de gala descubierto en compañía del mariscal Ahmed Muktar; en otro carruaje iban tres de sus hijos. Estaba radiante de júbilo cuando bajó á la puerta de Santa Sofía en medio de una multitud inmensa que le aclamaba, entre la cual había gran número de europeos y muchos individuos del cuerpo diplomático.

A la salida del templo reprodujéronse las aclamaciones y los aplausos entusiastas; el sultán parecía encantado de aquella cariñosa manifestación popular.

Como aquel era el primer Selamlik del nuevo reinado, delante de la puerta de Santa Sofía se sacrificaron seis ovejas, cuya carne fué distribuída entre los pobres.

Todos los habitantes de Estambul y de Galata se habían echado á la calle para ver al sultán á su vuelta á palacio, pero tuvieron una decepción, porque aquél regresó por mar á su imperial residencia.

Las tripulaciones de los buques estacionarios de las embajadas estaban formadas y en el momento de

pasar Su Majestad todos los barcos izaron sus pabellones.

El día 3 de este mes efectuáronse las primeras ejecuciones de los condenados á muerte por los consejos de guerra encargados de juzgar á los que tomaron parte en la reciente revolución reaccionaria.

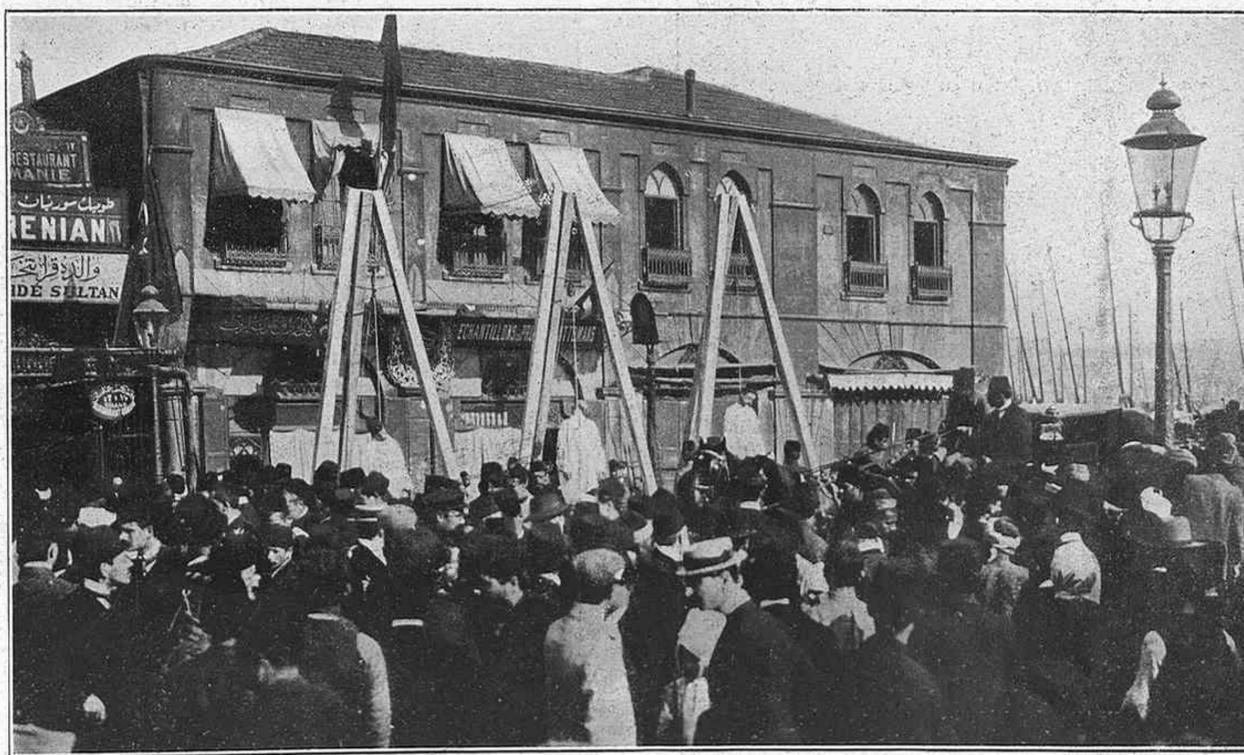
Trece de los principales revolucionarios, entre ellos los asesinos del ministro de Justicia Nazim

Mohamed V, según parece, ha ordenado que se suspendan por ahora las ejecuciones. Dícese que el día 5, al enterarse de las que se habían ya efectuado, llamó al gran visir Tewfik Bajá y al generalísimo Cheskek Bajá y les habló en los siguientes términos: «Soy respetuosamente fiel á la Constitución, pero deseo que se respeten también los derechos y las prerrogativas del trono. He tenido gran sorpresa al saber que no se ha otorgado ninguna amnistía con

motivo de mi advenimiento, contra lo que se ha hecho en anteriores ocasiones; en vez de fiestas, el pueblo ha contemplado cadáveres ahorcados sin mi conocimiento. Se ha omitido someter esas sentencias á mi sanción, correspondiéndome, como me corresponde, el derecho de indulto. En lo sucesivo, exijo que tales hechos no se reproduzcan.»

Estas palabras, que se dan por auténticas, produjeron en los que las oyeron y en todos los círculos de Constantinopla profunda impresión.

El día 10 Mohamed V ciñó la espada de Osmán en la mezquita de Eyub. Esta ceremonia, que constituye la investidura del sultán, celebróse con un tiempo espléndido y con motivo de ella invadió las calles una multitud inmensa que no cesó de aclamar al soberano y al generalísimo Mahmud Chesket.—R.



Las primeras ejecuciones de los rebeldes reaccionarios efectuadas el día 3 del corriente
Los asesinos del ministro de la Justicia Nazim ahorcados en la plaza de Emin Unú, cerca del puente de Galata
(De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

Bajá, fueron ahorcados, estos últimos en la plaza de Emin Unú, cerca del puente de Galata.

una multitud inmensa que no cesó de aclamar al soberano y al generalísimo Mahmud Chesket.—R.

PARÍS.—EXPOSICIÓN DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJERES DEL SIGLO XVIII

(De fotografías de M. Rol y C.^ª)



Retrato de la princesa Amelia, hija de Jorge III,
pintado por Jorge Romney. (Colección de la señora W. Mac Kay.)



Retrato de la reina Carlota Sofía, esposa de Jorge III,
pintado por Gainsborough. (Museo de Kensington.)



Retrato de la señora de Lenoir,
pintado por Daplessis. (Colección de la señora de Lenoir.)



Retrato de Lady Hamilton,
pintado por G. Romney. (Colección de Jorge Harland Peck.)

PARIS.—EXPOSICIÓN DE LOS CIENTO RETRATOS DE MUJERES DEL SIGLO XVIII

(De fotografías de M. Rol y C.^ª)



Retrato de la hija de la señora de Geoffrin, marquesa de Estampes, pintado por Nattier. (Colección del marqués de Estampes.)



Retrato de la señora Dugazón en el papel de Nina, pintado por la señora Vigée-Lebrún. (Colección de la condesa E. de Pourtalés.)



Retrato de la señorita de Romans, pintado por Drouais. (Colección de Eugenio Kraemer.)



Retrato de María Walpole, duquesa de Gloucester, pintado por Joshué Reynolds. (Colección de G. Fairfax - Muncey.)

EL ESCULTOR AUSTRIACO EDMUNDO HELLMER

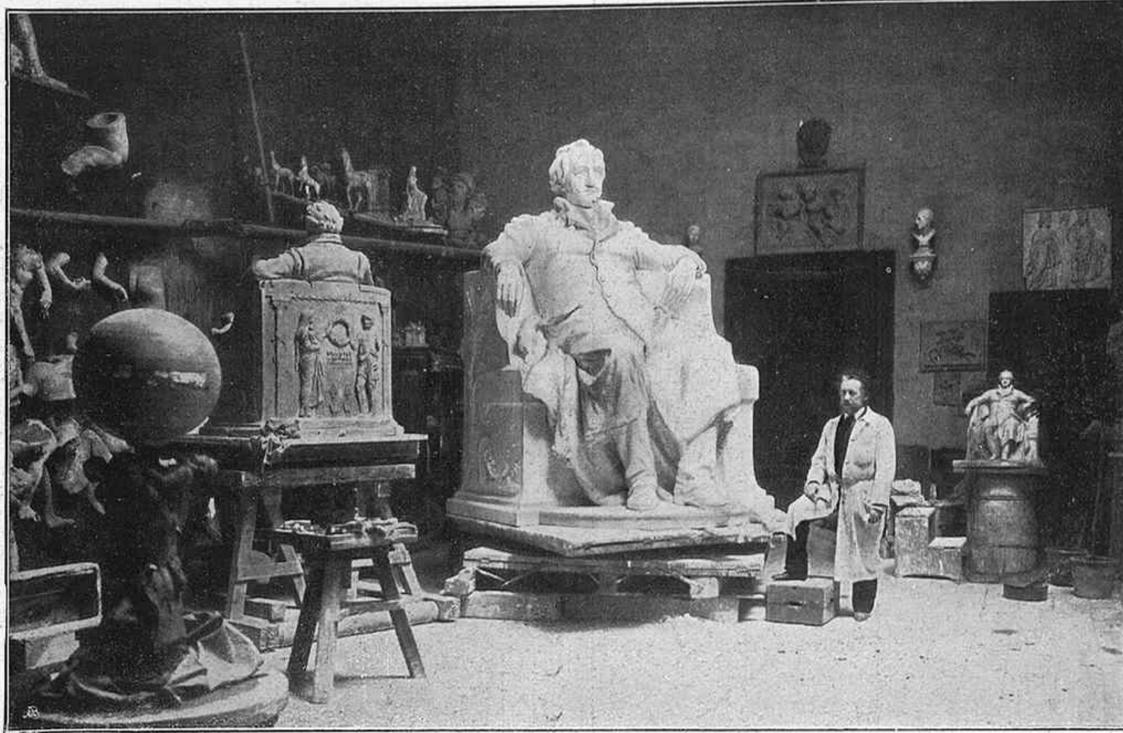
Lo primero que de este artista debe decirse es que así en sus primeras como en sus últimas obras se revela toda su personalidad, habiendo dedicado siempre á todas ellas una energía grande, concentrada, que no descansa hasta conseguir, cueste lo que cueste, la mayor perfección posible. Para él nada de lo que á su arte se refiere carece de interés; las dificultades, en vez de arredrarle, le excitan á trabajar con más ahínco, y así después de haber luchado valerosamente, al fin ha vencido.

Hellmer no es estilista, no es afectado; siempre se nos presenta grande y espontáneo, así en la concepción como en la ejecución, y apartándose de lo que pudiéramos llamar elemento literario del arte, se atiene al principio de que la principal misión de la plástica no es decir algo, sino proporcionar un placer al espectador, haciéndole sentir lo que siente puesto en presencia de cualquier espectáculo bello de la naturaleza.

Su fama es universal, y Austria, su patria, le considera como uno de sus más grandes maestros.

Entre sus principales obras mencionaremos los monumentos á Goethe y á Frank que los grabados de esta página reproducen; el proyecto del monumento á Juan Strauss, destinado al parque de la ciudad de Viena, la fuente de Kastalia del patio de la Universidad de aquella capital, los monumentos funerarios á Dumbas y á Hugo Wolf y á la estatua de María Teresa que adorna el Archivo Imperial de la ciudad mencionada.

Desde hace muchos años es profesor de la Academia Imperial de Artes Plásticas de Viena, en donde ha creado una verdadera escuela. Sus alumnos le idolatran, y de su clase han salido notables escultores que honran á su maestro y á su patria; en todos ellos se advierte la beneficiosa influencia de las sabias enseñanzas y de los sanos ejemplos de Edmundo Hellmer.



El célebre escultor austriaco Edmundo Hellmer en su taller
La escultura que se ve en el centro del grabado es para el monumento á Goethe que actualmente está instalado en la Ringstrasse de Viena

Brahms, Mendelssohn, Jannequin, Lambert, Planas, Narcisa Freixas, Sancho Marraco y Nicolau, que fueron perfectamente interpretadas y con entusiasmo aplaudidas. En el concierto tomó parte el notable violinista sabadellense Sr. Soler y Gómez, quien ejecutó admirablemente, acompañado al piano por el Sr. Planas, el *Gran concierto* en mi menor de Mendelssohn, *Aria* para la cuarta cuerda de Bach, *Souvenir de Moscou* de

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en Lara *De cerca*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; *Por los sueños*, consecuencia y comentarios de la celebrada comedia de Jacinto Benavente *Por las nubes*, obra en un acto de Berrueta; y *La muñeca de los viejos*, comedia en un acto de Ricardo Gorbea, premiada en un concurso celebrado recientemente por el diario «El Liberal»; en el Gran Teatro *El abrazo de Vergara*, cuadro dramático en un acto de Luis Larra, música del maestro Cereceda; y *Vera Violeta*, opereta en un acto de Leo de Stein, arreglada al castellano por los Sres. Alfaro y Kummer, música del maestro Eysler; en Apolo *Sangre gorda*, diálogo de los Sres. Alvarez Quintero; en Romea *El redimido*, comedia en un acto de Sr. Carretero; *La seguita*, comedia en un acto del Sr. García Porcel, y *La novia*, del colaborador del diario «El Mundo» que firma Ximeno Ximenes; y en Eslava *Viva la libertad!*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Alvarez de Castilla.

PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'honneur et l'argent*, comedia en cinco actos y en verso de Francisco Ponsard; en la Opera *Bachus*, ópera en cuatro actos y siete cuadros de Cátulo Mendes, música de Massenet; en Kejane *Le refuge*, comedia en tres actos de Mario Nicodemi; en el teatro des Arts *Les possédés*, comedia en tres actos de Lenormand, y *L'éventail de lady Windermere*, comedia en cuatro actos de Oscar Wilde, adaptación francesa de M. Remon y J. Chalencon; en Porte Saint-Martin *Laurin*, comedia en cuatro actos de Gustavo Guiches y Francisco de Nion; en Vaudeville *L'Ex*, comedia en cuatro actos de León Gandillot; en Antoine *Master Bob (gagnant du Derby)*, comedia en cuatro actos de Enrique de Brissac y Marcelo Lauras; en Michel *La cloison*, comedia en un acto de Claudio Gevel; *La paix des ménages*, comedia en un acto de A. Valy y L. Miral, y *M. de Saint Christophe, professeur de chinois*, comedia en dos actos de Carlos Desfontaines; y en Mevisto *Tell père, Tell fils*, ópera bufa en un acto de Sacha Guitry, música de Tiarko Richepin, y *Les ruffians*, comedia en dos cuadros de Carlos Meré.

BARCELONA.—SALÓN PARÉS

LOS CUADROS DE PÉPITA TEIXIDOR Y LUISA VIDAL

No pueden ocultarse á nuestros lectores los escollos que se ofrecen á la mujer de nuestro país para dedicarse con aprovechamiento al cultivo de la pintura, sujeta al hogar y obligada á cumplir, en todas sus edades, los deberes que le impone su condición de hija, esposa y madre. De ahí que no escaseemos nuestros plácemes á las artistas que cual las señoritas Teixidor y Vidal han logrado singularizarse y distinguirse, tanto como en sus respectivos países Georgette Meunier, Anna Peters, l'elcie Verytiers, María Uboldi, Eufrosina Bernart, Beaury Sorel, Antonina Bañuelos, Angela Riba y otras más, y que como ellas constituyen una personalidad merecedora de toda clase de respetos.

Los cuadros de flores que exhibe la señorita Teixidor en el Salón Parés atestiguan sus estimables cualidades, que aprecia el público, que atraído por la belleza, elegancia y corrección de las acuarelas y aguazas expuestas, no regatea sus elogios. Y ciertamente los merece, pues aparte del buen gusto que revelan todas las producciones, cautivan por su disposición y por la soltura y facilidad con que al parecer han sido ejecutadas, así como por sus atinadas coloraciones, vigorosas y con ciertas vaguedades que les prestan extraordinario encanto.

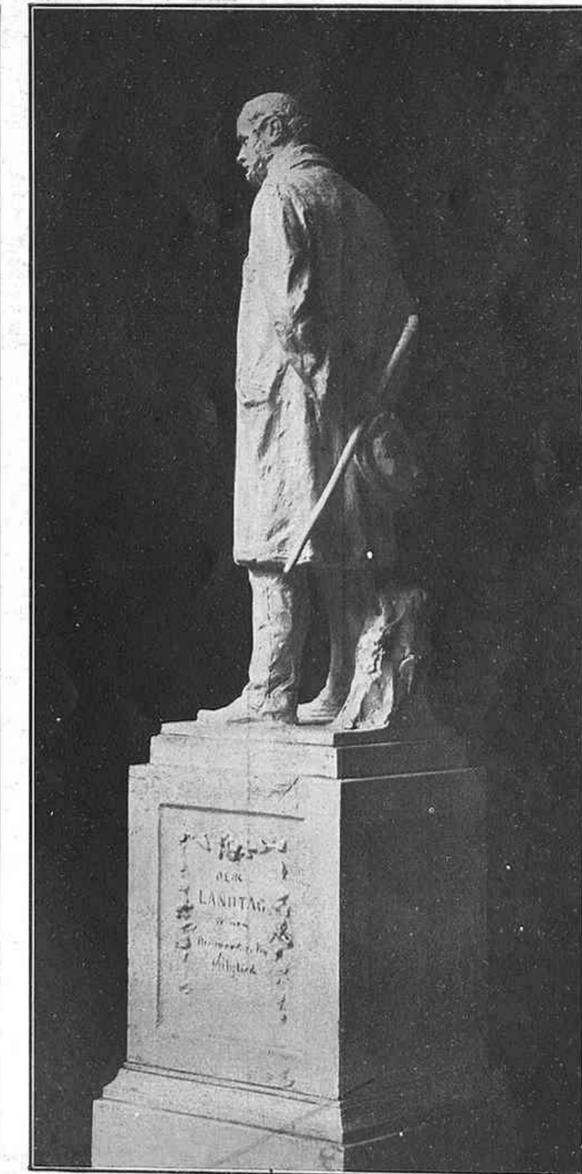
Retratos, estudios de figura y notables dibujos expone la señorita Vidal, pintados con soltura y firmeza, sin dudas ni vacilaciones y con esa seguridad en la pincelada que sólo pueden aplicar aquellos que tienen la certeza del resultado. En las producciones á que nos referimos representase cuanto la artista ha observado y ha copiado con singular fidelidad, sin acudir á rebuscamientos. Pronto podrán apreciar nuestros lectores la importancia de la obra realizada, ya que reproduciremos en estas páginas algunos de sus trabajos. Interin nos hemos creído obligados á dedicarle estos renglones como muestra de la consideración que nos merece, al igual que la señorita Teixidor.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Quan l'amor ha encès la flama*, comedia en tres actos de Avelino Artís, y *L'enrenou del poble*, comedia en un acto de Palmira Ventós (*Felip Palma*); en el Principal *La vida pel tsar*, drama de costumbres rusas en cuatro actos de Pedro Newsky, traducción catalana de Ramón de Bellsollell; y en Novedades *La comedianta*, comedia en tres actos de Ignacio Iglesias, y *El darrer miracle*, poema dialogado en un acto y dos episodios de Rafael Marquina.

En el Eldorado continúa obteniendo una serie no interrumpida de triunfos la compañía dramática italiana dirigida por el eminente actor Garavaglia.

En el teatro de Novedades ha dado un concierto el ilustre pianista Juan Malats, habiendo ejecutado de una manera magistral la *Sonata en la mayor* n.º 12 de Mozart, *Balada* en sol mayor, *Impromptu* en fa sostenido, *Polonesa*, *Preludios* en fa sostenido, en fa mayor y en re mayor de Chopin, *La filuse*



Monumento al burgomaestre Frank
que se levanta en el Parque Municipal de Gratz, obra de Edmundo Hellmer

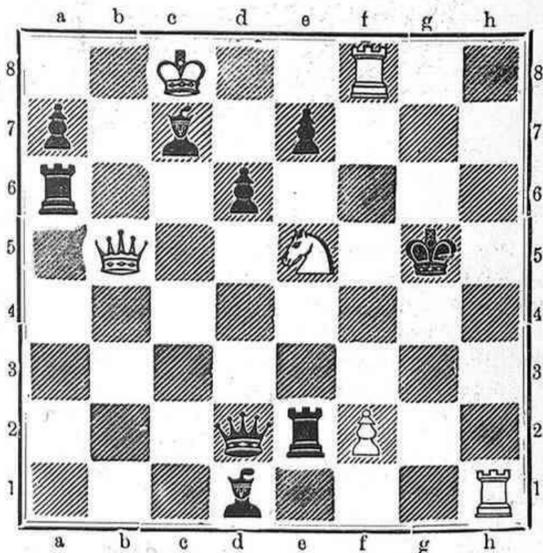
Wieniawski, *Allegro energico* de Max Bruch y *Andante y rondo* de Vieuxtemps, obteniendo muchos y muy calurosos aplausos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 520, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso del «Tidskrift for Schack» 1906.

NEGRAS 9 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 519, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Tg2-b2 | 1. a3xb2 |
| 2. Dh2-e2 | 2. d3xe2 |
| 3. Tf3xc3 mate. | 1. c3xb2 |
| | 2. d3xc2 |
| 2. Dh2-c2 | |
| 3. Tf3-c3 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... c3-c2; 2. Dh2xc2, etc.
g4xf3; 2. Ah1xf3 jaq., etc.
Rd5xc4; 2. Tb2-b4 jaq., etc.
c7-c5; 2. Dh2-d6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Tf3 juega jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La lechera no tardó en volver y dió al angelito algunas cucharadas de leche bien azucarada. (Pág. 324.)

—¿Ve usted cómo no hay que desesperar?, declaró el médico. La memoria puede volver insensiblemente. Hay que ayudarla..., preguntarle á menudo.

—Ya he probado, dijo Laroche, pero sin resultado apreciable. Ni siquiera pude saber de dónde venía mi hija cuando la detuvieron.

—Vivía con su marido en la calle de Boileau, dijo el notario. ¿Verdad, Juana?, añadió dirigiéndose á la demente. ¿Verdad que vivíais en la calle de Boileau?

—Calle de Boileau... ¡Ah, sí..., sí..., contestó ella.

El notario ignoraba que Luciano de Favreuse hubiese abandonado su antiguo piso, y Laroche tuvo que enterarle de la huída de su yerno no se sabía dónde.

—¿Adónde fuisteis al marchar de la calle de Boileau?, preguntó el doctor.

—Boileau, repitió otra vez Juana, sí, calle de Boileau...

—Y bien, de la calle de Boileau, ¿adónde te llevó tu marido?, preguntó á su vez Laroche.

—¡Mi marido!..., balbuceó la demente con un estupor idiota, no sé...

—¿Os quedasteis en París..., ó bien os fuisteis al campo?, preguntó el médico.

—No sé...

No fué posible obtener explicación alguna de la pobre loca.

—¿Qué opina usted?, preguntó nuevamente Laroche al doctor.

—Amigo mío, contestó éste, todo hay que esperar del tiempo. En esos casos de locura determinados por una conmoción violenta, caracterizados por esa pérdida de la memoria, es raro que no sobrevenga la cura en un momento dado, bien lenta ó bien bruscamente determinada por una nueva conmoción, por una emoción súbita y violenta que impresiona de pronto y despierta el recuerdo dormido.

—¿Qué dice usted de mi proyecto de llevármela al Cepellón?, preguntó el padre de Juana.

—¿Va usted á instalarla allí?, interrogó el doctor.

—Hasta tengo intención de abandonar definitivamente París, declaró Laroche. Usted comprenderá que ahora los negocios, para mí...

—Sí, sí, dijo el médico, lo comprendo. Pues bien; no puedo menos de aprobar su idea. Juana se encontrará indudablemente mejor en el campo que en París, y estoy pensando que hay en Angulema un alienista de gran talento, el doctor Courvoyer. Había fundado, años atrás, un establecimiento cerca de París, establecimiento muy próspero, donde sometía á su tratamiento las enfermedades mentales; pero se retiró, y ahora se consagra enteramente al estudio. No ejerce ya; pero, en cambio, nos da de vez en

cuando alguna obra preciosa sobre las espantosas afecciones que tan bien conoce. Yo era muy amigo suyo, y le escribiré hoy mismo para recomendarle á nuestra pobre Juana.

—Gracias, amigo mío, contestó Laroche. ¡Ah! No hay sacrificio que yo no esté dispuesto á hacer para que mi hija recobre la razón.

Toda esta conversación no había despertado un solo instante la atención de Juana, y sus ojos parecían seguir siempre en el espacio un punto invisible, mientras sus labios murmuraban palabras vagas y frases entrecortadas.

Después de una nueva tentativa infructuosa para hacerla hablar, el doctor se retiró.

Laroche reanudó con el notario el examen de sus negocios, después de lo cual el Sr. Verdel se marchó.

—Vamos á partir, Juana, dijo el comerciante acercándose á su hija; vamos á volvernos al Cepellón.

—El Cepellón..., sí, sí..., dijo ella.

—¿Quieres?... ¿Estás contenta?... preguntó el padre observando en los ojos de Juana el efecto de sus palabras.

Pero los labios de la loca se movieron sin que una sola palabra brotase de ellos.

El pobre padre volvió á sentarse á su escritorio, con la cabeza entre las manos, desolado.

¿Era aquella su hija, su Juanita idolatrada? ¡Lo que había hecho de ella el miserable que se había apoderado de su amante corazón!

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Agitaba al viejo una cólera sorda, un furor concentrado.

—¡Ah, ese Favreuse..., ese Edmundo!., exclamó de pronto exaltado, dando un puñetazo sobre la mesa.

Al nombre de Edmundo, Juana se levantó bruscamente y repitió varias veces:

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

Parecía hacer un esfuerzo violento como para recobrar un recuerdo desaparecido, y su padre la contemplaba con ansiedad...

¿Iba á encontrar de nuevo la evocación de aquel nombre, la memoria del pasado?

¡Ay, no! No fué más que un viso de razón que desapareció en seguida, y Juana se dejó caer nuevamente en su sillón. La impresión fugitiva se había disipado.

Desde aquel día, Laroche activó sus preparativos de marcha.

Bernard, en quien el comerciante tenía la confianza más absoluta, recibió de su amo los poderes necesarios para regentar la casa hasta encontrarse un comprador serio.

Laroche tenía que llevarse los criados, y á ruegos suyos, el doctor Desvallières le envió una mujer de toda seguridad, antigua enfermera, acostumbrada á los dementes y que había de estar especialmente al servicio de Juana.

Pronto estuvo todo listo para la marcha, y dejando á su criado para que vigilase el embalaje de los muebles grandes, Laroche, Juana, la criada y la enfermera tomaron el tren en la estación de Orleans.

Juana se dejó conducir dócilmente y no pareció manifestar ninguna sorpresa por aquel cambio bruscamente introducido en sus costumbres.

Ejecutaba pasivamente todo lo que le decían que hiciese, y apenas instalada en una esquina del departamento, volvió á tomar su actitud habitual, con las manos sobre las rodillas y los ojos perdidos en el espacio.

Al tren que llevaba al Sr. Laroche y á su hija hacia el Cepellón, iba enganchado un coche especial, provisto de un ventanillo con reja y de ésta indicación:

MINISTERIO DEL INTERIOR

Servicio de cárceles

¡Extraña coincidencia!.. En una de las celdillas de aquel vagón iba encerrado Luciano de Favreuse, que trasladaban al presidio de Etampes, donde tenía que purgar su condena.

Ésta parecía haber producido en él un cambio completo. A la actitud altiva y desdeñosa que había conservado durante la instrucción y los debates, había sucedido una especie de pasiva indiferencia, de resignación, que hubiera podido pasar por arrepentimiento á los ojos de los que no podían leer en los repliegues de aquella alma tenebrosa.

En el fondo, el miserable se consideraba bien librado con sus tres años de presidio.

¡Tres años pronto se pasan!..

Además, con buena conducta, tenía probabilidades de una reducción de pena, de un indulto.

Y una vez libre, ¿no tendría á su disposición la pequeña fortuna que había escondido antes de su arresto..., aquellas obligaciones, aquellos valores, fruto de su robo, que podría negociar?

Ni un minuto pensó el infame en su pobre esposa. El amor de Juana, tan completo, tan lleno de abnegación, tan ciego, no había podido vencer el feroz egoísmo que reinaba en absoluto en el corazón de su indigno marido.

La pobre mujer no contaba en la existencia de Luciano sino por el valor que representaba la fortuna de su padre. Esta fortuna vendría á parar á manos de él algún día. Así lo esperaba. El Sr. Laroche acabaría por desaparecer, y aunque desheredase á su hija, la ley le obligaba á dejar á Juana una parte muy considerable de sus millones.

La llegada del preso á la cárcel de la Roqueta, donde tenía que esperar su traslado á un presidio de provincias, causó verdadera sorpresa entre el personal.

El atrevido robo, tan hábilmente ejecutado en el Crédito Lyonés, revelaba en su autor una ingeniosidad y una presencia de espíritu tan grandes, que de pronto lo habían atribuido á un profesional, á uno de esos especialistas que se hallan casi siempre al acecho en torno de los establecimientos financieros, buscando la ocasión de ejercer su deplorable talento, adquirido casi siempre á costa de una experiencia caramente pagada con anteriores condenas.

Los debates habían revelado, con el nombre del ladrón, su posición social; así es que Luciano de

Favreuse fué acogido con un sentimiento de viva curiosidad, cuando el coche celular le depositó, en compañía de algunos otros condenados, en el patio de la cárcel.

¡Cómo! ¿El osado ladrón era aquel guapo joven, elegante, de modales distinguidos, de fisonomía simpática?..

Y los guardianes, hartos del cinismo desvergonzado de los presos habituales, sentían una especie de conmiseración por aquel señorito cuya actitud resignada y cuya cortesía llena de deferencia contrastaban de una manera tan característica con los modales ordinarios de la mayor parte de los condenados.

Se había ordenado á los detenidos que se sentasen en un banco delante de la puerta de la escribanía. Aquella mañana sólo eran cinco.

—¡Atención! ¡A ver cómo respondéis al llamamiento!, ordenó rudamente un cabo de escuadra.

Era la primera vez que Luciano se halla en contacto directo con los demás presos.

En el Depósito de la prefectura de policía, la importancia de su robo y su situación particular le había valido el favor apreciable de una celda; no había sufrido la horrible promiscuidad de las salas comunes, adonde las redadas de malhechores y los arrestos de cada día conducen la turba más innoble de la población de París.

El miserable, con su traje elegante y su sombrero de copa puesto sobre sus rodillas, ofrecía un contraste chocante con sus compañeros de infamia.

A su derecha, un muñeco enclenque, con cara de guarda, una gorra de seda grasienta metida hasta las cejas, se inclinaba, tan pronto como el vigilante volvía las espaldas, para cambiar en voz baja algunas palabras breves, en su caló de arrabal, con el individuo que estaba sentado á la izquierda de Luciano.

Este último, aunque no comprendía la mayor parte de las expresiones empleadas por los dos interlocutores, adivinó que era objeto de la extraña conversación.

—Mira el tipo este, decía en su jerga poco menos que incomprensible para el aludido el raquítrico granuja con risa canallesca. ¡Qué flamante! ¡Para un carterista, no se da poco lustre!

—En efecto, contestó el otro, una especie de coloso con cuello de toro y cara bestial. ¡No será mal peine!

—¿Cuántos años te han endilgado á ti, señorito?, preguntó el pillete hablando directamente á Luciano.

Este pareció no haber comprendido y no contestó.

—¡Ah, no se da poco tono el señor duque!, dijo con sorna el granujilla. El señorito está aquí sin duda por su hermano, añadió empleando una expresión usada entre la clientela de las cárceles para designar á un individuo que pretende ser inocente.

A esta última frase, cuyo sentido real no comprendía, Luciano se estremeció.

¡Su hermano!.. Por primera vez, después de su prisión, el miserable veía *in mente* la figura de Edmundo, y las consecuencias del acto monstruoso que había cometido se presentaron á su imaginación bajo un nuevo aspecto.

No se había contentado con robar indignamente á su hermano la joven que éste amaba, sino que le había usurpado también su nombre, arrastrándolo por el lodo, deshonorándolo, cubriéndolo de oprobio. Era Edmundo el que figuraba como un malhechor... Era el nombre de Edmundo de Favreuse el que constaba ya en los registros de las cárceles, matriculado en el ejército infame del vicio... Era este nombre el que iba á ser inscrito en la escribanía de la Roqueta, á continuación de otros nombres célebres en los fastos del crimen...

Pero no era esto lo que más preocupaba á Luciano. Pensaba con angustia que durante tres años iba á permanecer encerrado, sin comunicación posible con el exterior.

Su hermano le escribiría seguramente, y se extrañaría de su silencio... ¿Qué sucedería si durante su ausencia Edmundo volvía ó le hacía buscar?..

Para sus proyectos futuros, el miserable necesitaba á toda costa conservar á Juana. En ella fundaba sus esperanzas del porvenir.

No se le ocurría ningún medio de conjurar el peligro que vislumbraba, y á tal extremo se hallaba abismado en sus penosas reflexiones, que el vigilante tuvo que llamarlo dos veces.

—¡Favreuse!.. ¡Y bien! ¿Qué espera para contestar?.. ¡Favreuse!..

Luciano se levantó con sobresalto.

—¿Es usted sordo?, preguntó el vigilante.

—Usted dispense, contestó mansamente Luciano. Y penetró á su vez en la escribanía para las formalidades del encarcelamiento.

El nombre de Favreuse, ese nombre por el honor

del cual había muerto el padre del infame, ese nombre al que su hermano procuraba devolver, á fuerza de trabajo, el brillo y la reputación de antes, fué inscrito otra vez en los infamantes registros.

El que había usurpado el nombre de Edmundo de Favreuse perdía su personalidad para convertirse en un número.

El número 211.

—¡Qué lástima!, murmuró el guardia encargado del registro cuando el preso salió de la escribanía. ¡Un joven como él! De hoy más, es hombre al agua.

—¡Bah, bah!, contestó el cabo; los truhanes como él caen siempre de pies... Con su aire inocentón, es un pájaro de cuenta... Después de todo, no puede quejarse, pues ha salido del paso con una pena relativamente ligera.

—¡Vamos, en marcha!, ordenó saliendo detrás de Luciano.

Empezaba para el miserable la parte material del castigo; pero se había prometido tener firmeza, y sin que un músculo de su rostro revelase sus impresiones íntimas, se sometió á la humillante *toilette* prescrita por los reglamentos penitenciarios; sus cabellos cayeron bajo la tundidora, y la navaja de afeitar algo ruda del peluquero de la cárcel le quitó su fino bigote rubio. Disimuló su repugnancia al vestir el degradante uniforme de los detenidos, consistente en americana y pantalón de paño burdo. Sacóse dócilmente sus botas de charol para calzar los pesados zuecos y se encasquetó el gorro reglamentario.

El marido de Juana estaba así desconocido, y como la operación del vestuario se había operado simultáneamente para todos los que habían ingresado aquel día, los demás presos, todos reincidentes, no pudieron contener una risa burlona al ver la facha de Luciano con aquel nuevo traje, que parecía paralizar sus movimientos.

—¡Qué cara pone el señorito!., dijo el renacuajo.

—¡Vaya una facha!, apoyó el coloso, rufián peligroso que iba al presidio de la Nueva Caledonia. ¡Lástima que no aproveche el momento para retratarse!..

—¡Silencio!., gritó el vigilante.

Luciano tenía que pasar poco tiempo en la Roqueta; pero como el trabajo era obligatorio, el inspector lo destinó á un taller en que algunos presos estaban ocupados en la fabricación de saquitos de papel, trabajo que no exige aprendizaje.

Aquel primer día de verdadera detención pasó bastante aprisa. El miserable se alegraba de verse, por la obligación del silencio, al abrigo de las preguntas y sobre todo de las reflexiones de sus compañeros de trabajo.

Maquinalmente cumplía su fácil tarea, y sólo su fría realmente á la hora del recreo en común en el patio.

Esta última hora era para él más desagradable que el resto del día.

Vino luego la comida.

En una inmensa sala de paredes desnudas había alineadas varias mesas estrechísimas. Cada cual tomaba asiento en su sitio, en medio del más profundo silencio.

Cada preso tenía delante un puchero de mal caldo con pan y legumbres, y sobre cada mesa había un cántaro de agua.

Luciano, que no tenía ganas de comer, apenas probó aquel potaje. Su vecino le tocó con la rodilla, designando con los ojos su puchero.

El marido de Juana contestó á aquella elocuente mímica con un gesto de asentimiento, y el vecino añadió á su ración la del camarada que despreciaba el rancho de la casa.

—Cuando apriete el hambre no harás tantos repulgos, murmuró entre dientes el favorecido.

Aquello no era más que una muestra atenuada de la vida que le esperaba al miserable Favreuse durante tres años, porque iba á ser mucho peor en el presidio, según oía decir en torno suyo.

Procuraba vencer los terrores que le asaltaban ante semejantes perspectivas, y para cambiar el curso de sus ideas mortificantes, formaba ya proyectos para el porvenir.

¡Tres años!.. No había más remedio que soportarlos. ¿No tendría después la fortuna, una verdadera fortuna?.. Había derrochado tontamente algunos centenares de miles de francos, pero allí estaban los millones del padre de Juana... ¡Ah, el día que los tuviese sabría servirse de ellos!

De nuevo resonó la campana en el silencio y los presos pasaron á los dormitorios.

El preboste de la sala, preso encargado del buen orden durante la noche, indicó á Luciano su camastro, y el miserable se tendió en él, rendido de cansancio, con los pies doloridos por el rudo contacto de los zuecos.

Tardó mucho en poder conciliar el sueño; aquel dormitorio le recordaba el cuartel que hoy echaba de menos, y el uniforme militar, que había llevado algún tiempo, aquel uniforme glorioso, reemplazado ahora por la ignominiosa ropa puesta sobre la cama. Recordaba que vestía el honroso traje de los servidores de la patria cuando vió por primera vez á Juana y ésta lo tomó por el hombre á quien amaba.

¿Qué había sido de su mujer?

«¡Bah!—pensaba el indigno esposo,—habrá vuelto á casa de su padre. ¡El viejo no se habrá negado á recibirla en presencia de su desgracia!»

De pronto le asaltó una idea.

Su esposa, bajo la influencia de los consejos de su padre, ¿no iba á pedir judicialmente la separación? ¡Hasta se hablaba de un proyecto de ley sobre el divorcio! Indudablemente Juana ganaría el proceso, y entonces, ¡adiós fortuna del suegro!

Pero de pronto el cínico perillán se tranquilizó.

¿No tenía un hijo?.. Juana debía haber dado á luz..., y aquella criatura, que le pertenecía, iba á ser su salvación.

En torno de él susurraban conversaciones en voz baja. Es sobre todo en el dormitorio donde los vecinos de cama cambian mutuamente las noticias del día, pues á pesar de la vigilancia, los presos encuentran siempre algún medio de comunicarse entre sí, y por los que ingresan son sometidos al corriente de lo que pasa fuera.

Varias veces solicitado por los ¡pst! de sus vecinos, Luciano fingió dormir para no tener que contestar. No tenía ganas de conversación.

No tardó en dormirse profundamente.

Durante tres días más vivió condenado á aquella existencia de una exasperante monotonía, deseando que llegase la hora de su traslado al presidio, con lo cual cambiaría sin duda un poco su vida de hastío.

En la mañana del cuarto día, Luciano notó que tenía por vecino de taller un preso nuevo.

Era un hombre todavía joven, pero tenía trazas de estar familiarizado con la prisión.

El recién llegado le miraba con una insistencia que le extrañaba, y en vano procuraba Luciano recordar la fisonomía de aquel hombre que parecía haberle reconocido, pues varias veces le había hecho señas de inteligencia.

La presencia del vigilante impedía entonces toda clase de conversación.

Pero por la noche, en el dormitorio, Favreusé vió con gran sorpresa que su vecino de taller era también vecino suyo de cama.

Cuando todos se hubieron acostado y el vigilante hubo salido, el recién llegado se inclinó hacia Luciano.

—Vamos á poder charlar un rato, dijo en voz baja. El preboste es amigo mío y no nos fastidiará.

—¿Qué quiere usted decirme?, preguntó Favreusé bastante sorprendido. ¿Me conoce usted?

—Fuí juzgado después de ti, contestó el vecino, y cuando te condenaron á tres años de presidio, me endilgaron á mí otros tantos. Entonces se me ocurrió una idea.

—No comprendo, declaró Luciano, que empezaba á sentir cierta curiosidad. ¿Adónde quiere usted ir á parar?

—¡Oh, puedes tutearme!, dijo el otro. Aquí no hay etiqueta. He aquí de lo que se trata, continuó diciendo. Si tú eres ladino, yo no soy ningún tonto, y como hemos trabajado en la misma profesión, habrá medio de que nos entendamos. Cuando el tipo del Crédito Lyonés contó la estratagema del billete de cincuenta francos que el imbécil del cobrador se agachó á recoger, yo me desternillaba de risa! «¡Cuidado si es listo el pájaro ese!» dije para mí. Y lo más inteligente es que supiste esconder el dinero.

Luciano escuchaba sin comprender adónde quería ir á parar su vecino; sin embargo, creyó que éste hacía alusión á los valores cuyo escondite siempre se había negado enérgicamente á indicar, y de pronto concibió una sospecha.

Había leído que á veces, para obtener revelaciones, la policía coloca al lado de ciertos presos otros detenidos encargados de inspirarles confianza y de arrancarles lo que á la justicia le interesa saber.

«El lazo es demasiado grosero para que yo me deje coger en él»—se dijo el ladrón.

Y una vez que se hubo metido esta idea en la cabeza, opuso un mutismo completo á todas las insinuaciones de su compañero de cautividad.

Éste le propuso, para después de su licenciamiento, una especie de asociación.

Él también tenía dinero escondido, producto de un robo. A pesar de las pesquisas más minuciosas, la justicia no había podido dar con él. Podrían poner los fondos en común y operar en grande escala.

«¡Ah, no por cierto!—pensaba Luciano.—¡No co-

meteré la simpleza de revelar mi secreto!.. ¡Yo necesitare ese dinero!.. Dentro de tres años, los peligros de la negociación serán mucho menos, y podré sacar partido de esos valores ínterin vienen á mis manos los millones de mi suegro.»

Su vecino, ante el fracaso de su tentativa, no insistió, y ya obrase de buena fe, ya fuese instrumento de la policía, sus proposiciones no obtuvieron el menor resultado.

A la mañana siguiente, un vigilante se presentó á llamar el número 211.

Luciano le siguió, y después de las formalidades reglamentarias, subió al coche celular que le condujo con otro preso á la estación de Orleans.

Poco después, el tren se lo llevaba hacia Etampes, y el miserable estaba lejos de sospechar que en el coche que precedía inmediatamente al furgón del ministerio del Interior, iban precisamente su mujer y su suegro.

XVI

FAMILIA INFANTIL

La pequeña Jenny, en la camita de Rosita Landry, que pasó aquella noche en la cama de su madre, durmió profundamente después de haber bebido una tacita de leche mezclada con agua de malvas, y no despertó hasta el amanecer.

Rosita estaba despierta ya, preocupada por la presencia de aquella niña á quien daba el nombre de hermanita y hacia la cual se inclinaba su corazón.

La señora de Landry tampoco dormía, pues para ella aquel suceso era objeto de una verdadera preocupación. Se preguntaba qué debía hacer, pues aunque la víspera había dicho que sería necesario ir á hacer una declaración al comisario de policía, no podía pensar, sin que se le oprimiera el corazón, en la suerte de aquella pobre criatura que iría á aumentar el número de los infelices niños abandonados.

Se preguntaba si no debía tratar de obtener que le confiaran aquella niña hasta que sus padres hubiesen sido encontrados; pero al mismo tiempo pensaba en su posición, en las dificultades que encontraba para vivir desde la muerte de su marido.

Antes de quince ó dieciocho meses, Rosita no ganaría nada. Luego, en la costura, hay la estación muerta en que el trabajo falta.

Víctor, que la viuda había podido colocar en el colegio de San Nicolás, gracias á la amable intervención de los Sres. Lavisart y Fleuret, no le costaba nada, puesto que los banqueros pagaban su pensión; pero ella no ganaba más que el salario de sus jornales, haciendo trabajos domésticos. Había tenido que ponerse á trabajar á fin de tocar lo menos posible á la pequeña cantidad que los amos de su marido le habían entregado.

La excelente mujer no sabía qué resolución tomar. Rosita, viendo que su madre no hacía ningún movimiento, la creyó dormida, y poco á poco, se levantó para ver á la hermanita que Pablo le había traído.

La niña marmoteaba en su camita, «viendo á los ángeles», como dicen las madres.

—¡Hola! Parece que estás muy contenta esta mañana, le dijo la muchacha acariciándola. ¿Has dormido bien en la camita de tu hermana?

«¡Qué contenta está mi hija!»—pensó la viuda contemplándola.

—¡Un besito á tu hermana mayor!, dijo la amiga de Pablo inclinándose. ¡Una caricia!

Y la cubrió de besos.

Entonces volviósse y vió á su madre despierta.

—¡Oh, mamá!, dijo yéndola á besar, ¿quieres que te la dé un rato en tu cama?.. ¡Mira qué bonita es!..

—Sí, contestó la madre, pero anda con mucho cuidado.

—¡Oh, nada temas!

Rosita cogió á la niña con infinitas precauciones y se la llevó á su madre, que la cogió, le habló y la besó.

Rosita se acostó de nuevo, quedando la niña entre ella y la viuda.

—Entonces, ¿qué vas á hacer?, preguntó á su madre con viva inquietud. ¿Vas á ir á la comisaría como dijiste ayer?

La señora de Landry había reflexionado.

—Es preciso, contestó. Esta niña no es nuestra... ¿Quién sabe lo que ha pasado?.. Es posible que sus padres no la hayan abandonado, y no se sabe lo que ha sido de ellos... ¡Sabe Dios si han vuelto y la buscan!

—¡Oh, no! Según dijo Pablo, la casa estaba abandonada.

—Me parece imposible... No se deja así á una criatura.

—Podrías no ir hoy á la comisaría y Pablo volve-

ría á esa casa... Preguntará... y tal vez averiguará algo... Entonces, si esta pobre niña se encuentra sola..., si sus padres han muerto, por ejemplo...

—¿Y bien?..

—La guardaríamos.

—De todas maneras habría que hacer la declaración.

—Pediríamos que nos la dejaran... ¡Oh, yo la cuidaría tanto!.. ¡La amaría tanto!.., dijo la muchacha con ardiente expresión.

—Si yo fuese rica..., si ganase más de lo que gano, contestó la viuda, lo haría con gusto..., pero ya lo ves, apenas tenemos para vivir...

—La señora Bonnassieux me ha dicho que me dará un franco cada sábado á partir del mes que viene, dijo Rosita con generosa ingenuidad. Una criaturita como ésta no beberá por mucho más de un franco semanal de leche.

La madre se sonrió.

—En fin, veremos cuando venga Pablo, dijo ella.

Besó á la niña y se levantó.

Rosita siguió el ejemplo de su madre, y como todas las mañanas, encendió la estufita que servía para calentar la habitación y preparar el desayuno.

Luego, como de costumbre, fué en busca de leche (aquel día compró un litro), pan y demás provisiones necesarias.

La señora de Landry lavó mientras tanto á la niña, la vistió con ropita de su hija piadosamente conservada en el fondo de su armario y oliendo á espliego.

Rosita quiso cuidar de la pequeña Jenny; dióle la leche á cucharaditas y la acostó otra vez en su cama, hasta que su madre bajase la cuna que había servido para ella y para Víctor, y que habían arrinconado en un camaranchón obscuro.

A las siete llegó Pablito.

Se había esquivado lo más temprano posible, impaciente por ver de nuevo á la niñita y saber lo que se iba á hacer.

Besó á Rosita y á la viuda y se detuvo delante de la cama en que Jenny acababa de dormirse otra vez.

Entonces Rosita repitió para él lo que acababa de decir con su madre.

Pablo iría á Meudon. Justamente aquel día no tenía nada que hacer. No era la época de la limpia de chimeneas.

Fué aquella misma mañana.

De nuevo encontró fácilmente, pasado el viaducto de Meudon, el *Petit Drapeau* y la casa abandonada, medianera con el ventorrillo.

La modesta habitación de la viuda Paumelle tenía todo el aspecto de una casa abandonada. La puerta estaba abierta, tal como Pablo la había visto el día antes y tal como la había dejado al partir. No había nadie en el jardincito ni en los alrededores.

El muchacho buscó por las intermediaciones, esperando encontrar á alguien que le informase, y no encontró alma viviente.

Iba á volverse á la estación, cuando divisó una mujer lejos, en el camino de Clamart. Venía hacia él. ¿Pero podría enterarle de lo que deseaba averiguar?

La esperó y cuando estuvo cerca le preguntó cortesmente:

—Usted dispense..., ¿es usted de por aquí?

—Sí, muchacho, contestó la mujer; vivo en el fondo del Val, cerca de Molineaux.

—Busco á una señora, dijo Pablito á fin de enterarse sin revelar lo que sabía, una señora que vive en esa casita... y no veo á nadie... Hace cerca de media hora que estoy aquí.

—¿Has llamado?

—¡Ya lo creo!.. Y la puerta está abierta.

—Esa señora habrá ido á la compra á Meudon ó al Val.

—¡No deja de ser extraño!

—No puedo decirte más, añadió la mujer; sin embargo, esto me hace pensar que en todos estos días no he visto á nadie, y paso todas las mañanas por aquí.

—Parece una casa abandonada, dijo Pablo.

—Es verdad... Podrías ir á ver á la propietaria, la viuda Paumelle; vive en Clamart, al lado de la iglesia; no tiene pérdida. Verás un pequeño colmado, que tiene su hija.

—Muchas gracias, dijo Pablo, voy á ir.

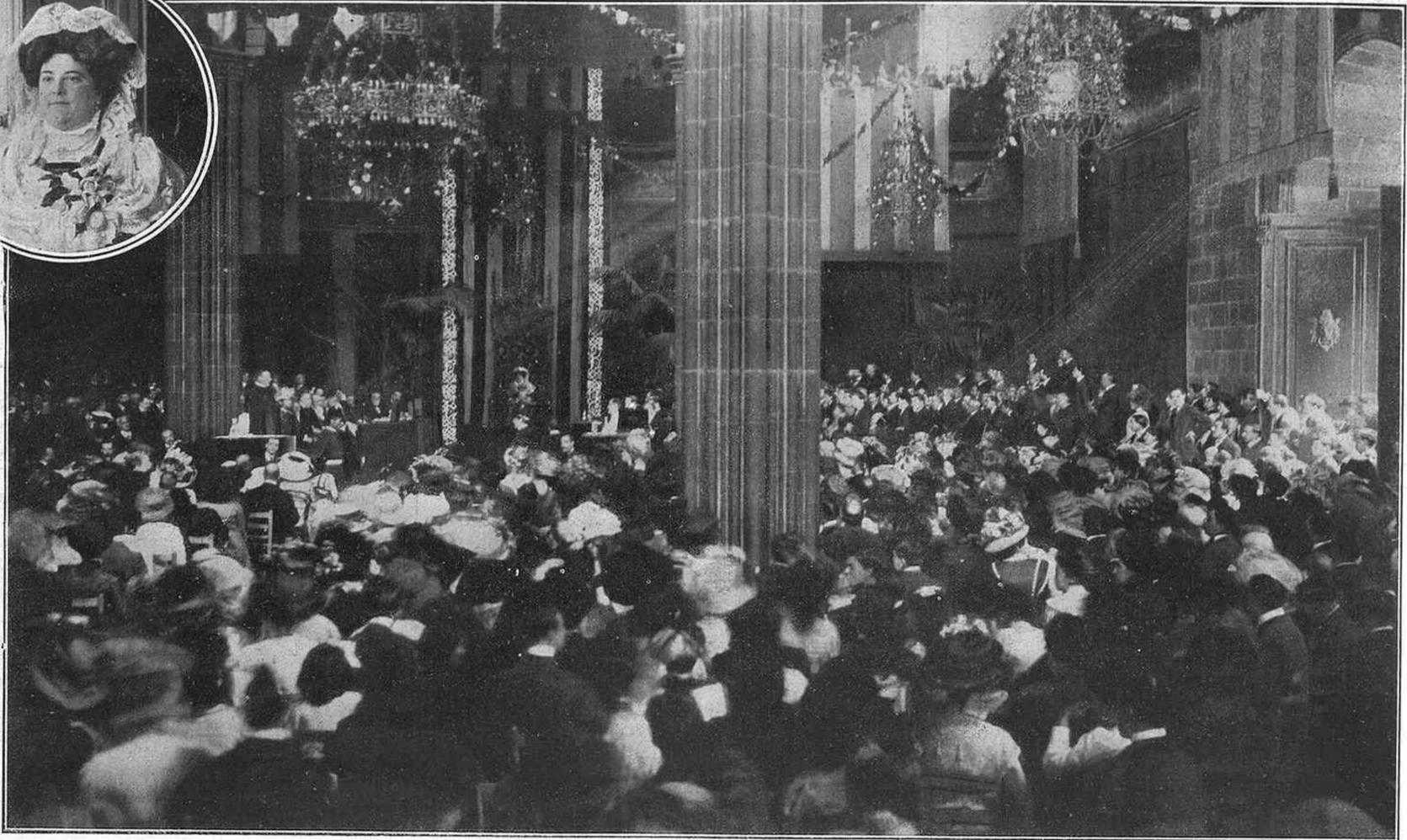
—Esa pobre señora Paumelle tiene tau poca suerte en alquilar su casa, que no me extrañaría que sus inquilinos se hubiesen largado sin pagarla.

Pablo se puso en camino para Clamart, donde encontró fácilmente á la dueña de la casa abandonada.

Expuso lo que quería, pretendiendo llevar un encargo para la señora que vivía en su casa, una carta que tenía que entregar en manos propias.

(Se continuará.)

BARCELONA.—JUEGOS FLORALES.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á MARIANO AGUILÓ



Aspecto del Salón de la Lonja durante la celebración de los Juegos Florales.—La reina de la fiesta Sra. D.ª Angela Calvet de Haro

Con la solemnidad de costumbre celebróse el día 9 de los corrientes la poética fiesta de los Juegos Florales en el grandioso salón de la Lonja, severa y artísticamente adornado con banderas, tapices, grupos de plantas y guirnalda.

Presidió el consistorio de este año la eminente poetisa doña Dolores Moncerdá, siendo esta la primera vez que una dama ha ocupado el sillón presidencial de la popular y patriótica fiesta, ocupando á su lado sitios de preferencia en el estrado el alcalde accidental Sr. Bastardas, con una comisión de concejales, representantes de la Diputación Provincial, del señor obispo y de las principales corporaciones barcelonesas y otras distinguidas personalidades.

Comenzó el acto con el discurso presidencial, elocuente apología de los Juegos Florales y sentido homenaje á la influencia que la mujer ha ejercido en el renacimiento literario y político catalán; siguió la memoria del secretario D. Evelio Doria, dando cuenta del veredicto del jurado, y se procedió á la apertura de los sobres que contenían los nombres de los poetas premiados.

Obtuvo la Flor natural D. Juan Alcover y fué reina de la fiesta doña Angela Calvet de Haro; alcanzaron los demás premios los Sres. Girbal y Jaume, Guasch y Calzada y Carbó, y los accésit los señores Navarro, Aguiló, Dr. Collell, Folch y Torres (M.) y Riber. La lectura de las poesías premiadas fué acogida con grandes aplausos.

Por haber obtenido tres premios ordinarios, fueron proclamados maestros en Gay Saber los Sres. Alcover y Guasch.

También fué adjudicado el premio

Fastenrath á la novela *Solitut*, de Victor Catalá.

Terminó la fiesta con el discurso de gracias del mantenedor Sr. Morera y Galicia; al aludir con emocionantes frases al próximo homenaje á Guimerá, la inmensa multitud que llenaba el salón prorrumpió en una ovación estruendosa, que se repitió cuando, terminado el acto, el ilustre autor de *Terra baixa* atravesó por entre el público dando el brazo á la venerable presidenta señora Moncerdá. Fué aquel un momento solemne y conmovedor.

Terminada la fiesta dirigióse la comitiva oficial al Parque para inaugurar el monumento erigido á la memoria del ilustre patriarca del renacimiento catalán D. Mariano Aguiló.

Aguiló, hijo de Mallorca, fué un verdadero apóstol de las letras catalanas y uno de los iniciadores de los Juegos Florales, á los que consagró durante toda su vida fervoroso culto. Cataluña tenía, pues, contraída con él una deuda de gratitud y de ningún

modo mejor podía pagarla que colocando su busto en el mejor de nuestros jardines, allí donde se alza el del popular Vilanova, y escogiendo para inaugurar el mismo día de la poética fiesta.

El acto inaugural, al que asistieron varios individuos de la familia de Aguiló, representaciones del Ayuntamiento y de la Diputación, el Jurado y la reina de los Juegos Florales, la comisión del homenaje, multitud de literatos y artistas y numeroso público, fué presidido por el alcalde accidental señor Bastardas.

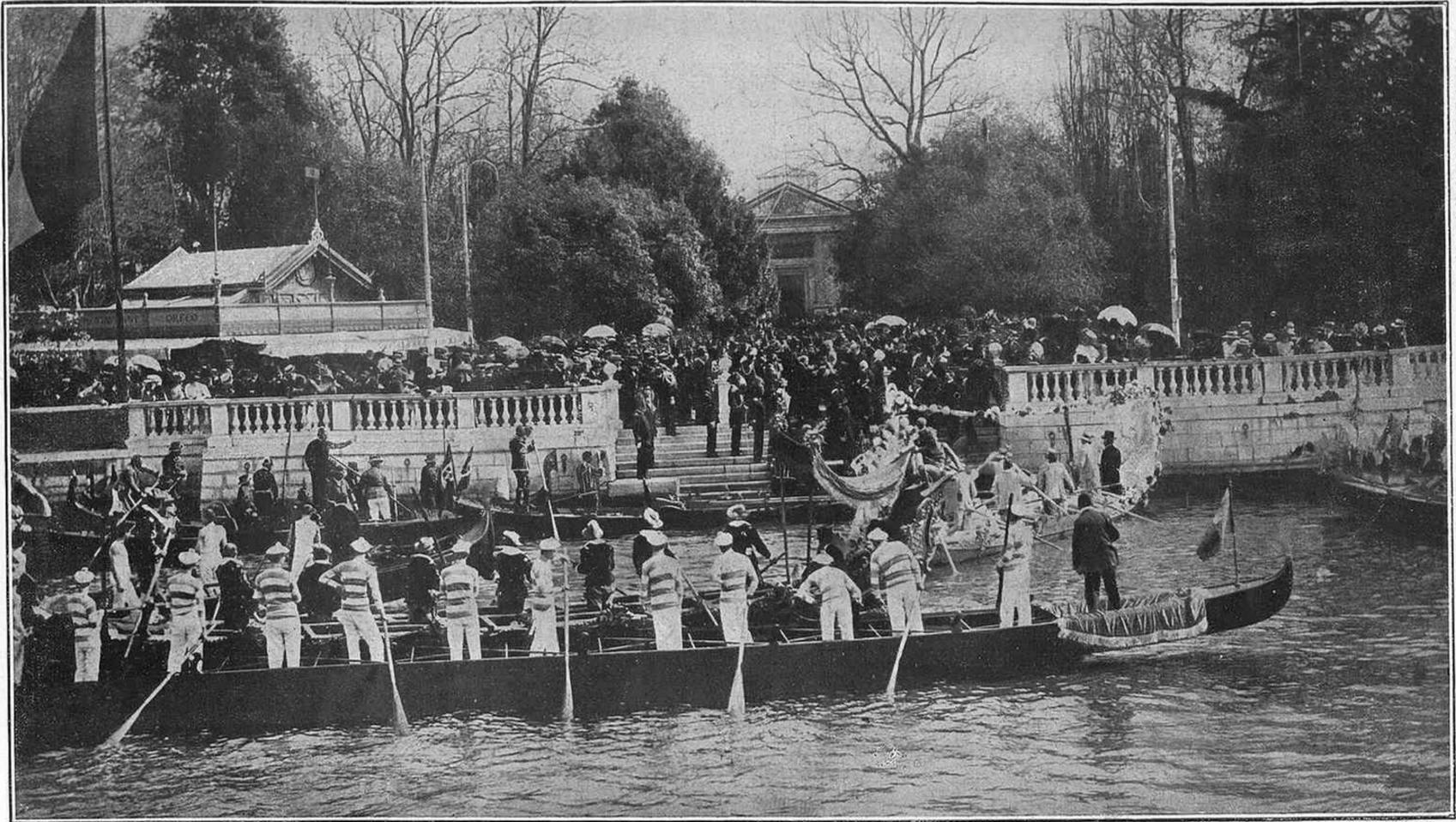
El Dr. Collell, en nombre de la comisión, hizo entrega del monumento á la ciudad de Barcelona, y en frases encomiásticas y á grandes rasgos describió la personalidad de Aguiló. Descubierta el monumento por el alcalde, y después de haber cantado la sección de señoritas del «Orfeo Catalá» dos canciones con letra de Aguiló, el venerable patriarca de las letras valencianas D. Teodoro Llorente y el

inspirado poeta señor Puig y Campmar se asociaron en sentidos discursos al acto que se estaba celebrando y al que puso término el señor Bastardas dedicando elocuentes frases á la memoria de Aguiló y dando gracias, en nombre de Barcelona, á la comisión erectora del monumento, por haber así glorificado al gran maestro.

El busto de Mariano Aguiló es obra del notable escultor Sr. Arnau y es de admirable parecido; descansa sobre un alto y sencillo pedestal en el que están grabados el nombre del poeta, las fechas de su nacimiento y de su muerte y dos de sus inspiradas estrofas.—P.

(De fotografías de A. Merletti.)

Inauguración del monumento erigido en el Parque al ilustre poeta Mariano Aguiló
El monumento es obra del escultor Sr. Arnau



Venecia.—Inauguración de la VIII Exposición de Bellas Artes. Llegada á la exposición del príncipe de Udini, representante del rey de Italia, y de las autoridades. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El día 23 de abril último inauguróse la VIII Exposición de Bellas Artes de Venecia, presidiendo la ceremonia el príncipe de Udini, en representación del rey Víctor Manuel III de Italia, el ministro de Instrucción Pública Sr. Rava, y el director de Bellas Artes Sr. Ricci.

El acto fué brevísimo, habiéndose limitado á los discursos, muy cortos por cierto, del ministro y del alcalde de Venecia, terminados los cuales la comitiva recorrió la Exposición.

La impresión general que ésta produce no puede ser más favorable; más que una exposición, ha dicho de ella un notable crítico, parece una galería de arte moderno, digna de ser conservada sin quitarle un cuadro ni una estatua. Las obras sobresalientes son muchas, las buenas abundan y escasean las medianas.

Además de Italia, que está representada por sus mejores artistas, tienen en ella

brillante representación Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suecia y Noruega. Con sólo citar los nombres de los principales expositores, se comprenderá la excepcional importancia de esta manifestación de arte: Héctor Tito, Guillermo Ciardi, Camilo Innocenti, Lino Selvatico, Leonardo Bistolfi, César Tallone, Mario Pictor, David Calandra y Aristides Sartorio, entre los italianos; Franz Stuck, Anders Zorn, Aberman, Bernard, Friescke, Lavery, Nicholson y Shannon entre los extranjeros, son bastante conocidos en el mundo artístico, para que sea ocioso señalar la valía de las obras con que han concurrido al certamen.

La fiesta inaugural fué además en extremo pintoresca, como puede verse en la fotografía que adjunta reproducimos, y se vió favorecida por un tiempo espléndido. La hermosa Venecia, la ciudad sin par, tiene para estos espectáculos de arte y de poesía encantos que ninguna otra en el mundo posee.

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA, EL

CRYSTOL TOCADOR

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas cura las flores blancas, las metritis y en general todas las dolencias de las vías uterinas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.

Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

Paris, 16, St-Denis

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

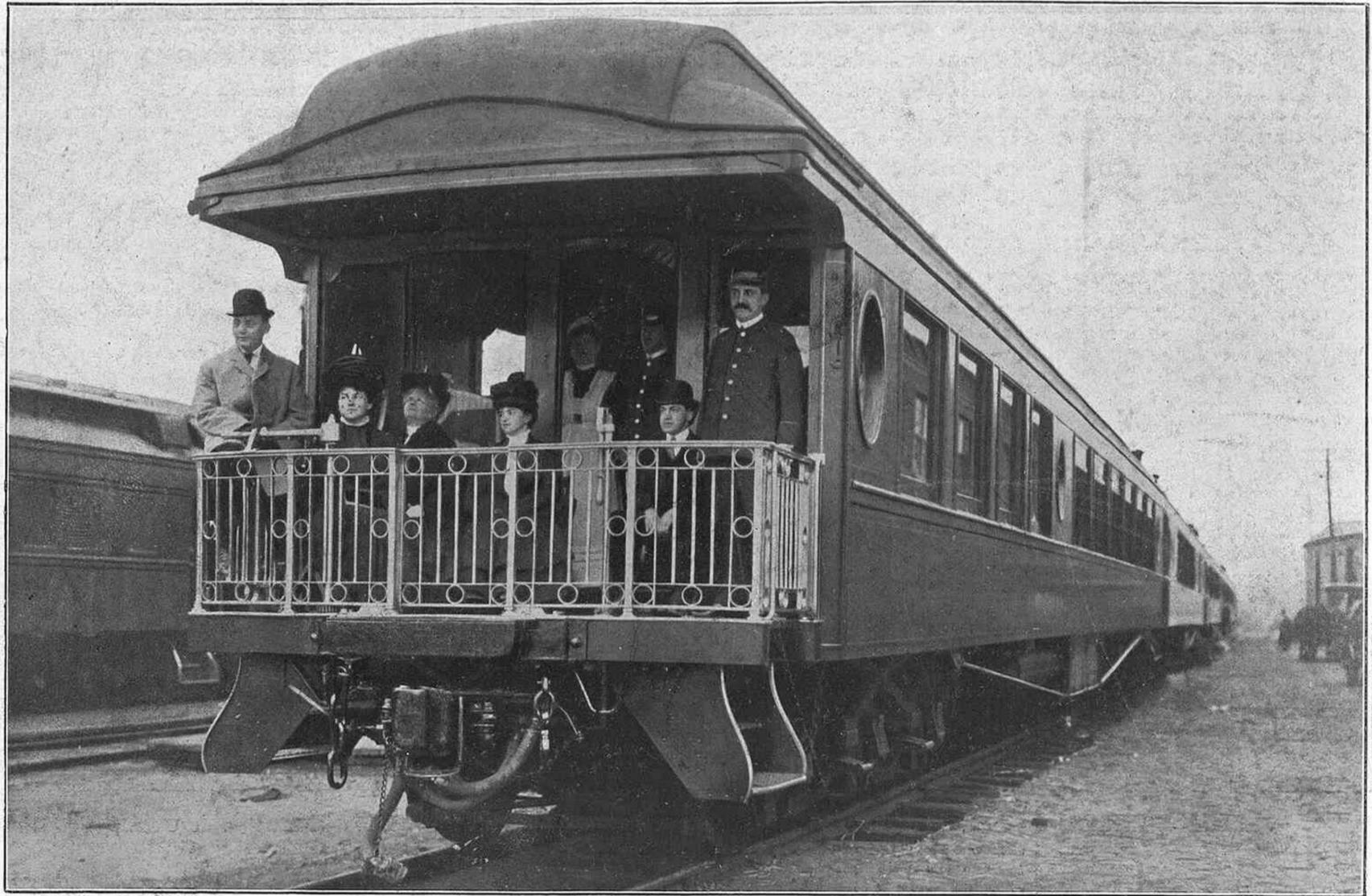
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD

Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
El más activo y económico, el único Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Cómo se viaja en los trenes de los Estados Unidos de América.—Vagón de observación en el tren de lujo de Nueva York á Chicago (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

En distintas ocasiones hemos dado cuenta de las comodidades que reúnen los trenes en los Estados Unidos. Las empresas ferroviarias de aquel país se preocupan en primer término de que el viajero pueda disfrutar de todo el *confort* imaginable, y al efecto introducen cada día nuevas mejoras é instalan más perfeccionados servicios en sus trenes. En la actualidad, los trenes de lujo norte-americanos tienen todo cuanto pueda desear la persona más exigente: salones, bibliotecas, comedores, cuartos de baño, tocadores,

salas de juego, de conversación, de fumar y de lectura, cocina, etc. Y además hay instalados en ellos teléfono, telégrafo, máquinas de escribir; en una palabra, todo lo que puede ser útil ó necesario á los pasajeros. El grabado que adjunto reproducimos representa un vagón del tren de lujo de Nueva York ó Chicago, dispuesto de tal manera que, aparte de las comodidades interiores, tiene una plataforma desde la cual los viajeros pueden contemplar, con toda conveniencia, las bellezas del camino.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Las
Personas que conocen las

PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN